

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in propósito confirmet

Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 12 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, casa de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian al día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaibe, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

PRELIMINARES DE LA GUERRA

FRANCO-PRUSIANA.

La *Epoca* publica la siguiente carta de su corresponsal en Berlín:

Berlín, 25 de Julio.—La excitación patriótica sigue siendo aquí indescriptible. Es indudablemente una guerra nacional en Alemania, y ante el sentimiento de la patria se prescinde de las catástrofes comerciales que ya han estallado, y de las que en los campos de batalla puedan surgir mañana.

En una segunda sesión celebrada ayer por el Reichstag, el conde de Bismark, en presencia del Consejo federal, anunció a la Asamblea la declaración de guerra notificada en el momento por el encargado de negocios de Francia. Al oír esta noticia, toda la Asamblea y el público se puso en pie, y aplausos inmensos y frenéticos hurraes resonaron en todas partes. Bismark dijo: «Después de las palabras elocuentes que hace pocos instantes habéis oído, señores, de los labios augustos de S. M., yo solo tengo que decir: viva el rey! viva la Alemania!» Una gran aclamación es la respuesta. El Parlamento vota en seguida por unanimidad todos los créditos pedidos para la guerra.

Esta mañana el Parlamento federal ha vuelto a reunirse y votado por aclamación el siguiente mensaje al rey:

«Las palabras elevadas pronunciadas por V. M., hallan eco poderoso en el pueblo alemán. Un solo pensamiento anima los corazones alemanes y los llena de un orgullo mezclado de alegría, el de la dignidad nacional, sentimiento que os ha hecho rechazar una exigencia inusitada.

«El pueblo alemán quiere vivir en relaciones pacíficas y de amistad con los pueblos que respetan su independencia.

«Como en tiempos de las guerras de independencia, en que Napoleón nos obligaba a una santa lucha, los cálculos, basados en la maldad y en la deslealtad, se estrellaron contra la fortaleza y el derecho del pueblo alemán.

«El pueblo francés, estraviado por la vanidad, reconocerá demasiado tarde el carácter funesto de la semilla que ha arrojado a la tierra. La parte prudente del pueblo francés no ha conseguido evitar un crimen, y una lucha árdua y grandiosa es inevitable.

«Tenemos confianza en el valor de nuestros hermanos, que no sufrirán que un conquistador extranjero oprima bajo su yugo la Alemania.

«Abrigamos confianza en nuestro rey heroico y venerable, a quien la Providencia ha reservado conducir a buen fin en el último término de su vida las grandes luchas que sostuvo cuando joven.

«Tenemos confianza en Dios, que castiga los sanguinarios atentados.

«El pueblo se ha alzado unánime, y la opinión pública del mundo civilizado reconoce la justicia de vuestra causa. Ya las naciones amigas ven en nuestra victoria la emancipación que las vengará de las injusticias cometidas contra ellas por la ambición bonapartista.

«El pueblo alemán encontrará su unión en el terreno del libre voto nacional. Se trata del honor, de la libertad y del reposo de la Europa, así como de la felicidad de los pueblos.

«El público y los representantes oyen de pie este mensaje que en seguida lleva la Cámara al rey, reproduciéndose en palacio las escenas patrióticas y acompañando 100,000 hombres a la Asamblea.

El rey, al recibir el mensaje, expresó su gratitud al Parlamento federal, añadiendo que veía en él una prueba de la misión que le incumbía para con la patria germanica. Este mensaje, dijo el anciano príncipe con conmovido acento, me da la convicción de que será consumada la misión que la Alemania se ha dado, y que prosigue con infatigable actividad.

Votados los créditos de guerra, el conde de Bismark presentó durante los debates la relación de todo lo ocurrido en las negociaciones. Demuestra que la circular en que Olivier y Grammont fundaron la ofensa a Francia, no fue más que un telegrama mandando a los Gobiernos confederados anunciándoles que, insistiendo el conde Benedetti en la renuncia para el porvenir en todo príncipe prusiano al trono de España, garantida por el rey, S. M. no había creído poder continuar el debate sobre este terreno con el embajador de Francia.

Hay, sin embargo, en estos documentos algunos muy importantes. Uno de ellos demuestra que la Prusia ha rechazado también, pero después que Francia, la mediación de Inglaterra, y los despachos del barón de Werther, embajador prusiano en París, una parte de los cuales parece no haber sido conocida del rey cuando en Ems se negó a recibir al conde Benedetti.

He aquí la parte más interesante de estos despachos:

El barón Werther, después de referir sus primeras entrevistas con los ministros franceses, dice: «El duque de Grammont anunció que consideraba la renuncia del príncipe Hohenzollern como una cuestión secundaria, puesto que el Gobierno francés no habría tolerado nunca su advenimiento al trono; pero temía que la actitud de Prusia crease una gran irritación entre los dos países.

«La causa de esta tensión debía ser destruida, partiendo del punto de vista de que en nuestra manera de obrar con Francia, en vez de corteses habíamos sido agresivos, lo cual era cosa reconocida por todas las potencias. Hablando con sinceridad, añadía no querer la guerra con Prusia, y si por el contrario, relaciones cordiales. Sabiendo que yo tenía al mismo objeto, dijo que debíamos buscar juntos un medio adecuado para ejercer una influencia favorable en este sentido. Me sometió la idea de si una carta designada por el rey al emperador no ofrecería un desenlace favorable. Al mismo tiempo apeló al corazón caballeresco de S. M. Podría decidirse en esta carta, añadió, que S. M. autorizara al príncipe Leopoldo para aceptar la corona de España, lo cual no pudo creer lastimaba los intereses o la dignidad de la nación francesa, que el rey aprobaba su renuncia, expresando al propio tiempo la esperanza de que habría desaparecido así todo motivo de desacuerdo entre los dos pueblos. La publicidad dada a esta carta calmó el espíritu público muy excitado en Francia. Deseaba M. de Grammont no se hablase en la carta del parentesco del príncipe Leopoldo con la dinastía imperial, pues no se quería que la cuestión tomase carácter alguno de familia.

«Hice observar al duque de Grammont que un acto de esta índole se había hecho difícilísimo por el carácter de su declaración ante las Cámaras, la cual había herido profundamente al rey. Lo negó, sosteniendo que la Prusia no había sido nombrada siquiera en un discurso reclamado por la necesidad de calmar la Cámara y la opinión.

«Mr. Olivier, que llegó en este momento, insistió en la necesidad por interés de la paz de la carta, que rogaron que fuese yo quien la propusiera al rey,

diciéndome que de no hacerlo se verían obligados a encargar al conde Benedetti de esta misión.

«Insistiendo en la idea de que necesitaban un arreglo de esta clase para calmar los espíritus excitados y dar fuerza al Gobierno en las Cámaras, los dos ministros añadieron que una carta del rey les permitiría defender la Prusia contra los ataques que debían esperarse. Finalmente, me hicieron observar que nuestra actitud en la cuestión de la candidatura del príncipe Hohenzollern al trono de España había excitado más a la nación francesa que al emperador. Durante esta conferencia, Grammont manifestó creer que el príncipe Leopoldo habría renunciado por consejo del rey; pero yo lo negué, declarando que esta renuncia se debía exclusivamente a la iniciativa del príncipe.

Tal es el contexto de un despacho que muestra las susceptibilidades excesivas de una y otra parte han producido la guerra. La legación francesa ha hecho decir aquí no ser cierto hubiese un pensamiento preconcebido de guerra; que el martes en la noche, ó sea el 12, en un Consejo celebrado en Saint-Cloud, la paz fue resuelta, redactando Mr. Olivier la exposición de motivos, apoyando esta resolución ante las Cámaras y el país, y que solo se vieron obligados a aceptar la guerra cuando en la mañana del 13 recibieron la noticia de que el rey Guillermo no había querido recibir al embajador de Francia, anunciándolo así en el diario oficial. La verdad es, que el conde de Bismark no salió de su reserva, sino para precipitar un desenlace al que se prestaba tanto el carácter del rey, excitado por las exigencias poco razonables de la Francia.

Ayer hablaba a Vds. del testimonio dado por el príncipe Radzivil, ayudante del rey, como este será un documento histórico, voy a traducirselo íntegro:

«En la mañana del 13 de Julio, y a consecuencia de una conversación entre S. M. el rey y el conde Benedetti en el paseo de los Manantiales, S. M. me dispuso el honor de enviarme a las dos a la casa del conde con la siguiente comunicación:

«S. M. ha recibido hace una hora, por una comunicación escrita del príncipe Hohenzollern desde Sigmaringen, la confirmación completa de lo que el mismo conde ha comunicado esta mañana, habiéndome sabido directamente de París, sobre la renuncia del príncipe Leopoldo a su candidatura al trono de España. S. M., en vista de ello, considera terminada la cuestión.

«Después que he ejecutado esta orden, el conde Benedetti dijo que de su entrevista con el rey había recibido un nuevo despacho de Mr. de Grammont, quien le encargaba solicitase una audiencia de S. M., exponiéndole los deseos del Gobierno francés, es decir:

1.º Aprobar la renuncia del príncipe Hohenzollern.

2.º Dar la seguridad de que esta candidatura no se reproduciría en el porvenir.

S. M. hizo responder entonces por mí conduciendo al conde que aprobaba la renuncia del príncipe Leopoldo en el mismo sentido y con el propio carácter que había aprobado ante la aceptación de su candidatura. S. M. había recibido comunicación de la renuncia por parte del príncipe Antonio de Hohenzollern, quien había sido autorizado para el acto por el príncipe Leopoldo. En cuanto al segundo punto, la seguridad para el porvenir, el rey solo podía referirse a lo que por la mañana había replicado personalmente al conde.

«El conde Benedetti aceptó esta respuesta de su majestad con reconocimiento, y declaró que estando autorizado para ello, la haría conocer a su Gobierno.

«Pero en cuanto al segundo punto, debía, como se lo encargaba expresamente el último despacho de M. de Grammont, mantener su petición de una nueva conferencia con el rey, aun cuando solo fuera por oír de nuevo las mismas palabras de S. M., con tanta más razón cuanto el último despacho contenía nuevos argumentos que deseaba someter al rey.

S. M. hizo responder al conde Benedetti por mí conduciendo a las cinco y media de la tarde, y por tercera vez, que se veía obligado a negarse absolutamente a entrar en nuevas negociaciones sobre el último extremo, una garantía que lo ligase en el futuro. Lo que S. M. había dicho por la mañana era su última palabra sobre este asunto, y el embajador podía referirse a ellas para y simplemente.

«Como respuesta a la seguridad de que el conde de Bismark no llegaría a Ems el día siguiente, el conde Benedetti declaró que por su parte se contentaba con esta declaración de S. M. el Rey.—Ems, 13 de Julio de 1870.—A. Radzivil, ecdeán de S. M. el Rey.

II.

Dejemos los enojosos documentos diplomáticos, a los cuales se hace decir lo que se quiere, y condenemos las noticias que llegan aquí de toda Alemania. La guerra, no es posible ya la duda, será entre la Francia y la Alemania entera.

Sajonia ha sido la primera en dar el ejemplo. Su representante, M. de Friesen, en el Consejo federal, ha afirmado el completo acuerdo que existe entre la Sajonia y la Prusia. Así como esta ha votado la movilización general y 420 millones de thalers, Sajonia ha movilizó también todas sus tropas, que como dije ayer mandará el príncipe heredero, y ha retirado sus embajadores de París, dando sus pasaportes a la legación francesa. El Gobierno dice en su manifiesto: «Puesto que la Francia quiere hacer la guerra a la Alemania, que esta sea conducida con vigor y rapidez.»

El ducado de Baden tiene ya incorporadas sus tropas al ejército prusiano. Este territorio y el de Hesse son los que más tienen que temer de la guerra, y así la excitación en el ducado contra los franceses es muy viva. Las tropas se masan en derredor de Maguncia y Rastadt. Landau y Tréveris presentan grandes campamentos también.

En Wurtemberg ha pasado una cosa significativa y que aquí se interpreta como prueba del apoyo de la Rusia. El día 15 de Julio, el mismo día que Francia resolvía la guerra, el canciller del imperio ruso, que estaba en Wildbad en la Selva negra, al parecer tomando aguas, celebró una larga entrevista con M. de Varabuhler, ministro de Negocios extranjeros del rey de Wurtemberg, cuñado, como es sabido, del emperador Alejandro II. Al siguiente día las Cámaras eran convocadas en Stuttgart, y el 17 se notificaba a la legación francesa que Wurtemberg, a pesar de sus antiguos lazos con Austria, tomaba parte en la guerra nacional contra la Francia. En el acto pidió sus pasaportes. Las Cámaras, que deben reunirse en esta semana, seguirán el movimiento nacional.

En Darmstadt, capital del ducado de Hesse, el ministro Dalwigk declara que estando amenazada la patria alemana bajo un frívolo pretexto, todas las cuestiones de partido desaparecieron, y la Cámara votó unánime los créditos de guerra. La sesión termina en medio de los vivas a la Alemania, al rey de Prusia y al gran duque de Hesse.

Sólo en Baden hubo en el principio algunas dificultades. El rey y el Gabinete estaban resueltos a cumplir sus compromisos federales en Prusia; pero la mayoría de la comisión de la Cámara de diputados se pronunció por la neutralidad armada. El pueblo de Munich se exalta; la noticia de que los franceses han entrado ya en el territorio alemán, circula de boca en boca, y bajo esta presión la Asamblea vota la guerra y todos los recursos necesarios para ella.

Hannover, como no tiene Parlamento y es hoy ya una provincia prusiana, calla, dividido entre el sentimiento germánico y las simpatías a su rey. Sólo cuando las fuerzas francesas se presenten en él, podrá saberse si Hannover es un peligro ó un apoyo para Prusia.

Lo que no me parece tan claro es que las tropas de la Alemania meridional valgan lo que las de Prusia. El príncipe real está ya de todos modos organizándose en Munich.

Prusia, siguiendo en su política de moderación, ha notificado a los Estados Unidos y a Inglaterra que respetará en las masas la propiedad privada, aun cuando Francia no haga lo mismo.

A continuación hallarán nuestros lectores la importante circular de M. Grammont. Es un documento destinado a modificar la impresión bastante general de que el imperio había sido el agresor en la lucha lamentable de Europa. Dice así:

«París, 21 de Julio de 1870.—Conoceis ya el encadenamiento de hechos que nos han conducido a un rompimiento con Prusia. La comunicación leída por el Gobierno del emperador el 13 de este mes en la tribuna de los grandes cuerpos del Estado, ha expuesto a Francia y Europa las rápidas peripecias de una negociación, en la cual, a medida que redoblábamos nuestros esfuerzos para conservar la paz, se descubrían los secretos desiguales de un adversario resuelto a hacerla imposible. Sea que el Gabinete de Berlín haya juzgado necesaria la guerra para el coronamiento de los proyectos que preparaba hace largo tiempo contra la autonomía de los Estados alemanes, sea que, poco satisfecho de haber establecido en el centro de Europa una potencia militar ya temible a todos sus vecinos, haya querido aprovechar la fuerza adquirida para cambiar en su provecho el equilibrio internacional, la intención premeditada de negarnos las garantías más indispensables a nuestra seguridad como a nuestro honor, se muestra con plena evidencia en sus conductas.

He aquí indudablemente cuál ha sido el plan combinado contra nosotros. Una inteligencia preparada misteriosamente por intermediarios secretos debía, si no se hubiese descubierto el plan antes de consumarse, llevar las cosas al extremo de que la candidatura de un príncipe prusiano a la corona de España se habría revelado de improviso a las Cortes ya reunidas. Un voto arrojado por sorpresa antes que el pueblo español hubiese tenido tiempo de reflexionar, proclamarla, así se esperaba al menos, al príncipe Leopoldo Hohenzollern, heredero del cetro de Carlos V.

Así Europa se habría hallado frente a un hecho consumado, y especulando sobre nuestra deferencia hacia el gran principio de la soberanía popular, se contaba con que la Francia, a pesar de un disgusto pasajero, se detendría ante la voluntad ostensible manifestada de una nación por quien se conocían todas nuestras simpatías.

Apenas sabedor del peligro el Gobierno del emperador, no ha vacilado en denunciarlo a los representantes del país como a todos los Gabinetes extranjeros, pues contra tal maniobra, el juicio público de la opinión era su más legítimo auxiliar.

Los espíritus imparciales no se han equivocado en parte alguna sobre la verdadera situación de las cosas, y han comprendido bien pronto que si esta guerra pesadamente afectada de ver trazado a España en el interés exclusivo de una dinastía ambiciosa un papel tan poco propio a la lealtad de aquel pueblo caballeresco, tan poco conforme a los instintos y tradiciones de amistad que lo unen a nosotros, no podíamos abrigar la idea de desmentir nuestro constante respeto por la independencia de sus resoluciones nacionales. Se comprendió que la política poco escrupulosa del Gobierno prusiano, era lo único comprometido en la cuestión. Ese Gobierno, en efecto, era quien no creyéndose ligado por el derecho común, y despreciando las reglas a que tienen la sabiduría de someterse las más grandes potencias, ha intentado imponer a la Europa engañada una extensión tan poderosa de su influencia.

La Francia tomó en sus manos la causa del equilibrio, es decir, la causa de todos los pueblos amenazados cual ella por el engrandecimiento excesivo de una casa real. Obrando así, se colocaba, como ha querido hacerse creer en contradicción con sus propias máximas? Seguramente no.

Toda nación, nos place proclamarlo, es dueña de sus destinos. Este principio, altamente afirmado por la Francia, ha llegado a ser una de las leyes fundamentales de la política moderna. Pero el derecho de cada pueblo, como el de cada individuo, está limitado por el derecho de otro, y está prohibido a una nación, bajo el pretexto de ejercer su propia soberanía, amenazar la seguridad ó la existencia de un pueblo vecino. En este sentido, uno de nuestros grandes oradores, Lamartine, decía en 1847 que, cuando se trata de la elección de un soberano, un Gobierno no tiene jamás el derecho de pretender, y tiene siempre el derecho de excluir. Esta doctrina fue admitida también por todos los Gabinetes en circunstancias análogas a las en que nos colocó la candidatura del príncipe Hohenzollern, especialmente en 1831 en la cuestión belga, en 1830 y 1862 en la cuestión helénica.

En la cuestión belga la voz de Europa se dejó oír, porque decidieron las cinco grandes potencias.

Las tres cortes que apoyaron la causa del pueblo helénico, inspirándose en un pensamiento de interés general, se habían convenido en no aceptar el trono de Grecia para un príncipe de su familia.

Los Gabinetes de París, de Londres, de Viena, de Berlín y San Petersburgo, representados en la conferencia de Londres, se apropiaron este ejemplo, hicieron de él su regla de conducta en una negociación en la que estribaba la paz del mundo, y rindieron así solemne homenaje a esa gran ley de ponderación de fuerzas, que es la base del sistema político europeo.

En vano el Congreso nacional de Bélgica persistió, a pesar de esta resolución, en elegir al duque de Nemours. La Francia se sometió al compromiso que había tomado, y rehusó la corona tratada a París por los diputados belgas. Pero impuso a su vez la necesidad que sufría, excluyendo la candidatura del duque de Leuchtemberg, que había sido opuesta a la del príncipe francés.

En Grecia, cuando la última vacante del trono, el Gobierno del emperador combatió a la vez la candi-

datura del príncipe Adolfo de Inglaterra y la de otro duque de Leuchtemberg.

La Inglaterra, reconociendo la autoridad de las consideraciones invocadas por nosotros, declaró en Atenas que la reina no autorizaba a su hijo a aceptar la corona de Grecia. Rusia hizo una declaración semejante respecto al duque de Leuchtemberg, aunque a causa de su nacimiento este príncipe no fuese del todo considerado por ella como miembro de la familia imperial. Finalmente, el emperador Napoleón aplicó espontáneamente los mismos principios en la nota de *El Monitor* de 1.º de Setiembre de 1860, para desaprobando la candidatura del príncipe Murat al trono de Nápoles.

La Prusia, a quien no hemos dejado de recordar estos antecedentes, pareció ceder un momento a nuestras justas reclamaciones. El príncipe Leopoldo desistió de su candidatura, y pudimos felicitarnos de que no se turbaría la paz. Pero esta esperanza abrió bien pronto camino a nuevos temores, y después a la certeza de que Prusia, sin retirar seriamente ninguna de sus pretensiones, solo quería ganar tiempo.

El lenguaje indeciso en principio, después resuelto y altivo, del jefe de la familia Hohenzollern, su negativa a mantener mañana la renuncia de la víspera, el trato inferior a nuestro embajador, al cual un mensaje verbal prohibió toda nueva comunicación sobre el objeto de su misión conciliadora, en fin, la publicidad dada a este proceder insolito por los diarios prusianos, y la notificación hecha a los Gabinetes, todos estos síntomas sucesivos de intenciones agresivas hicieron cesar la duda en los espíritus más prevenidos. Era permitida la ilusión cuando un soberano que manda un millón de soldados declara, poniendo la mano sobre su espada, que se reserva tomar consejo de sí solo y de las circunstancias? Hemos llegado a ese límite extremo en que una nación que siente lo que se debe a sí misma, no transige más con las exigencias de su honor.

Si los últimos incidentes de este penoso debate no arrojasen vivísima luz sobre los proyectos alimentados por el Gobierno de Berlín, una circunstancia menos conocida hasta el día daría a su conducta una significación decisiva.

La idea de elevar al trono de España un Hohenzollern no era nueva. Ya en Marzo de 1869 había sido señalada, por nuestro embajador en Berlín, quien fue en el acto invitado a hacer saber al conde de Bismark como consideraría el Gobierno del emperador semejante eventualidad. El conde de Benedetti, en muchas conversaciones que sobre esto tuvo, ya con el canciller de la Confederación de Alemania del Norte, ya con el subsecretario encargado de la dirección de negocios extranjeros, no había dejado ignorar que no podríamos admitir el que un príncipe prusiano reinase del otro lado de los Pirineos.

El conde de Bismark, por su parte, había declarado que no debíamos preocuparnos de modo alguno de una combinación que el mismo consideraba irrealizable, y en ausencia del canciller federal, en un momento en que Mr. Benedetti, mostrándose incrédulo, insistía, Mr. de Thile había empeñado su palabra de honor de que el príncipe Hohenzollern no era y no podía ser un candidato serio a la corona de España.

Si se debe sospechar de la sinceridad de seguridades tan positivas, las comunicaciones diplomáticas dejarían de ser una prenda de paz europea, y se convertirían en un lazo ó en un peligro. Así, aun cuando nuestro embajador transmitió estas declaraciones bajo toda reserva, el Gobierno del emperador consideró oportuno acogerlas favorablemente. Se había llegado a poner en duda su buena fe hasta el día en que se reveló de súbito la combinación que era su negación patente.

Al retirar la palabra que nos había dado sin intentar siquiera paso alguno para satisfacerlos, la Prusia nos dirigía un verdadero reto. Alceados entonces sobre el verdadero valor que podían tener las más formales protestas de los hombres de Estado prusianos, teníamos el deber imperioso de preservar en el porvenir nuestra lealtad contra nuevos desengaños en virtud de una garantía explícita. Debíamos por tanto insistir, como lo hemos hecho, para obtener la certidumbre de que una renuncia que solo se presentaba rodeada de sutiles distinciones, era esta vez definitiva y formal.

Es justo que la corte de Berlín tenga ante la historia la responsabilidad de esta guerra que ella tenía los medios de evitar y que ha deseado. Y en qué circunstancias ha buscado la lucha? Cuando hace cuatro años, dándole la Francia el testimonio de una constante moderación, se ha abstenido con escrupulo, tal vez exagerado, de invocar contra ella tratados ajustados bajo la mediación misma del emperador, pero cuyo olvido voluntario se destaca de todos los actos de un Gobierno que pensaba ya en vigilarlos en el momento mismo de firmarlos!

La Europa ha sido testigo de nuestra conducta, y puede compararla a la de la Prusia en ese período; que pronuncie hoy sobre la conducta de nuestra causa. Cualquiera que deba ser la suerte de las batallas, esperamos sin inquietud el juicio de nuestros contemporáneos, como el de la posteridad.

Grammont.

El viernes fue a las Tullerías el Cuerpo legislativo, habiendo sido inmediatamente recibido por el emperador. He aquí el discurso pronunciado por el presidente Schneider:

«Señor: El Cuerpo legislativo ha terminado sus tareas. Ha votado por unanimidad todos los subsidios y todas las leyes exigidas por la defensa del país, dando de esta suerte un testimonio solemne de su patriotismo. Si es cierto que el verdadero autor de la guerra no es quien la declara, sino el que la hace necesaria, una voz sola habrá entre los pueblos de ambos mundos para imputar la responsabilidad a la Prusia, la cual, embriagada por inesperados triunfos, alentada por nuestra paciencia y por nuestro deseo de conservar en Europa los beneficios de la paz, ha creído poder conspirar contra nuestra seguridad y ultrajar nuestro honor. En estos casos, la Francia sabe cumplir con su deber.

Señor: los votos más ardientes os seguirán al ejército, cuyo mando vais a tomar acompañado por vuestro hijo, quien, sirviéndolo a los deberes de su edad, aprenderá a vivir sólo como se sirve a la patria.

Detrás de vos, detrás de vuestro valiente ejército, acostumbrado a llevar tan alta la bandera de la Francia, siempre dispuesto a llenar sus filas, se halla en pie la nación entera. Entregad sin recelo la regencia en manos de nuestra augusta soberana.

A la autoridad que la aseguran las grandes cualidades que ha desplegado ya, juntará la emperatriz la fuerza que hoy dan las instituciones liberales, tan gloriosamente inauguradas por V. M.

Señor: el corazón de la nación va con vos y con vuestro valiente ejército.

El emperador contestó a estas palabras, que obligado a aceptar la guerra, la hacía con resignación, pero con firmeza. S. M. añadió que el príncipe imperial le acompañaría al ejército y que la emperatriz, encargada de la regencia, convocaría el Cuerpo legislativo en tiempo oportuno.

¿QUE PASA?

Algunos periódicos que pueden estar bien informados nos sorprendieron anoche con la noticia de una repentina y febril actividad, desplegada desde anteayer por el Gobierno para dar grande impulso al armamento nacional. Conviene algunos diarios en que las órdenes se expidieron ó comenzaron a ejecutarse anteayer; pero de pronto, y como respondiendo a una necesidad que se hubiese experimentado súbitamente como si hubiese acaecido algo inesperado y grave, que ni remotamente se temiera el día anterior.

No habían mas que de órdenes apremiantes para poner en estado de defensa ciertas plazas; dotar rápidamente a todos los cuerpos é institutos del ejército de armamento perfeccionado; de confeccionar millones de cartuchos; de proveer a la escuadra de abundantes municiones; de aumentar el número de batallones de los regimientos, y otras análogas medidas de estrepido militar, que no pueden menos de llevar la alarma a todas partes. Conviene hacer una importante observación acerca de las plazas que se trata de poner en estado de defensa: los periódicos a que nos referimos citan las de Cádiz y Mahón, ó mas bien la fortaleza de la Mola, como las primeras que habrán de artillarse con artillería gruesa, no mencionando siquiera ninguna de las del interior de la Península.

Ahora bien; nos hallamos en el caso de preguntar: ¿qué pasa? Porque el asunto es para reflexionar seriamente, y bien merece fijar toda la atención de los hombres pensadores. Se ha dicho que España observaría la más estricta neutralidad, siguiendo en esto las inspiraciones de la mas vulgar prudencia, la enseñanza de la historia y el consejo de los hombres experimentados y concedores de la situación general de Europa y de la nuestra en particular. Esto es lo que han dicho hasta ahora todos los periódicos españoles, y en el mismo sentido se han expresado los diarios del vecino imperio al tratar de España.

Hubiéramos comprendido que desde el primer día en que se anunció la probabilidad de una próxima guerra, se hubiesen tomado precauciones generales, que no habrían tenido más significación que la de un deseo de demostrar que se quería mantener la neutralidad, contra todo acontecimiento imprevisto, y guardando respecto a uno y otro de los contendientes las mismas consideraciones, y una política de absoluta igualdad con los dos, dándole las más leales explicaciones acerca de tales preparativos, que no hubieran ofendido a una ni otra parte, como no pueden ofenderlas los preparativos de otras potencias que desde un principio anunciaron que iban a armarse para defender su neutralidad. Hoy no comprendemos esa nueva actitud del Gobierno y la precipitación con que parece proceder al armamento, sin que haya surgido algún grave incidente que le haya obligado a variar de pronto de conducta.

¿Qué pasa? repetimos. Empezar ahora preparativos por temor a la Francia, sería una injuria al emperador, con quien mantiene el Gobierno las mejores relaciones, y de quien ha recibido, por conducto del embajador Sr. Olizaga, las más inequívocas pruebas de buena y leal correspondencia, no solo en palabras, sino en hechos. Sería demostrar que se dudaba de su sinceridad, y el general Prim no puede alegar el más leve fundamento que justifique semejante sospecha. Por otra parte, Francia, sería preciso que comenzara por las plazas de San Sebastián, Pamplona, Figueras, Lérida y Barcelona, que constituyen la primera línea de defensa contra Francia. Comenzar por Cádiz y las Baleares revelaría el propósito de fortificar contra Prusia, si bien con el desacierto de dejar abandonada toda la costa del Océano en su inmensa extensión. Además, es sencillamente absurdo imaginar que la flota prusiana tratara de venir a atacar las costas de España, cuando a duras penas lograría salvarse refugiándose en algunos de sus puertos; y es no menos absurdo creer que haya de declarar la guerra a un Gobierno por el crimen de haber buscado un candidato en la familia prusiana, sin contar para nada con la Francia.

Contra el emperador no parece posible esa actitud belicosa, y además los hechos no autorizan esa creencia; contra Prusia tampoco se puede comprender por muchas razones que no es el caso explicar. Los preparativos se han emprendido; ¿contra quién son? ¿qué pasa? ¿hay alguna grave noticia que de pronto haya alarmado al general Prim y que no se refiera a ninguna de las dos potencias beligerantes?

(Eco de España.)

«Cuenta un periódico que en la última sesión del Cuerpo legislativo francés hubo algunos incidentes curiosos. El conde Keratry interpuso al Gobierno para saber si el ducado de Baden utilizaba la reserva en que se había encerrado cuando el resto de la Europa acordó unánime no emplear en las guerras las horribles balas explosibles, que como es sabido, reventando matan al que tocan por ligeramente que sea. El diputado dijo que existiendo en Francia gran cantidad de estas balas mortíferas y de superior confección, las represalias debían ser permitidas. La Cámara protestó contra este acto de barbarie, y el Gobierno se apresuró a declarar que el ducado de Baden había manifestado no haría uso de estos instrumentos de destrucción. Pero y las ametralladoras francesas y las bombas de nitro-glicerina prusianas?

Como otro diputado insistiese en la necesidad de la creación de cuerpos francos para la eventualidad, aunque remota, de una derrota del ejército, que podía dejar descubierta a París, el Cuerpo legislativo en masa protestó contra la suposición de que la Francia pudiese ser vencida por la Prusia.

Un despacho de Viena dice que el Consejo de ministros reunido bajo la presidencia del emperador, ha acordado definitivamente que Austria observe una neutralidad especiente y no armada.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 25 DE JULIO DE 1870.

Hoy día de Santiago Apóstol, patron de España, que vino a traer la luz del Evangelio, y a cuyas súplicas vino también milagrosamente y en carne mortal a Zaragoza la Inmaculada Virgen María; hoy es el primer día de la fiesta del recién nacido D. Jaime de Borbón, príncipe de Asturias, que andando el tiempo ha de coronarse en Madrid con el título de Jaime I.

No lo dudamos; ha nacido precisamente en los momentos en que principian a verse los signos de la prodigiosa transformación que el mundo va a experimentar. Ha visto la luz fuera de la patria; pero la patria está donde están sus angustiosos padres con las leyes españolas que le protegen para reivindicar su nacionalidad. Ha visto la luz en el destierro, y en un país casi del todo protestante, pero en tiempos en que el Concilio del Vaticano, inspirado y sostenido por el Espíritu Santo, discutía tranquilo y sereno en medio de la efervescencia de las pasiones políticas, más que nunca exacerbadas, acerca de la infalibilidad del Papa; y poco antes de que la Asamblea ecuménica declarase el punto de fe, y de que el Sumo Pontífice confirmase la decisión del Concilio, quedando definido como dogma lo que hasta aquí había sido general, aunque piadosa creencia. Ha visto la luz cuando el mundo entero se renueva para sacudir las heces de las doctrinas revolucionarias; cuando dos potencias que se consideran como tipos de la sociedad moderna, van a luchar entre sí; cuando Europa está amenazada de una guerra general, cuyas consecuencias nadie puede prever, ni siquiera imaginar.

El Concilio ha concluido y llevado a feliz remate una de sus principales misiones; ha terminado apenas esta parte de su obra perdurable y magistral, y ya comienzan a sentirse en la tierra esos dolores misteriosos, precursores síntomas de un cambio radical.

Europa no podía continuar mucho tiempo, pues, en el estado angustioso y miserable en que nos hallábamos; la sociedad civil tenía que perecer entre dolores misteriosos, precursores síntomas de un cambio radical. Europa no podía continuar mucho tiempo, pues, en el estado angustioso y miserable en que nos hallábamos; la sociedad civil tenía que perecer entre dolores misteriosos, precursores síntomas de un cambio radical.

En tal situación, un hombre divinamente iluminado, levántase un día y dice a la revolución, como Dios a la ola del mar: no pasarás de aquí; y sin apoyo ninguno en los poderes de la tierra, y desafiando el ceño de todos los Gobiernos temporales, reúne el Concilio general: los Obispos de todo el orbe se congregan en Roma, y cercados de bayonetas revolucionarias, y aun amparados por ellas, llevan a cabo la obra que más temía la revolución: sin miedo, porque la obra era divina; y en la confianza, en la seguridad de que es obra de Dios que la ha hecho brotar, dejan al cuidado de Dios hacer que fructifique.

Esta fecundidad comienza a ser visible aun a los ojos carnales de los hombres sin fe.

Más tarde ó más temprano, el derecho y demás principios católicos han de prevalecer en esta Europa; manciada, es verdad, con crímenes sin cuento, pero purificada también con innumerables virtudes públicas y privadas, con el heroísmo de la santidad, con las lágrimas del sacrificio y de la abnegación.

Ese niño, cuyo santo patron es también el patron de España, español como nosotros, se educará para España con las ideas y sentimientos del pueblo esencialmente católico a cuya cabeza se ha de ver.

No de otra manera pueden reinar hoy los principios: no estamos en tiempos normales y ordinarios en que la sucesión y el derecho lo hace todo; hoy el príncipe que ha de ceñir real corona, necesita conquistarla y merecerla; hoy el trono no es un lecho de rosas, sino de espinas, y los caminos que conducen a él no son los de la indolencia y la molición, son los de la energía y severidad de principios y de costumbres: hoy los reyes necesitan tener talento, y sobre todo tener corazón: talento para escoger consejeros rectos, probos y entendidos, y corazón indomable para no ceder nunca sino al bien general y a la ley de Dios: hoy necesitamos reyes de acero, como dijo el Sr. Ríos Rosas; pero de acero que se quiebre antes de doblegarse a las exigencias del espíritu liberal, infiltrado hasta en las entrañas de los que se tienen por enemigos de la revolución. Reyes que combatan la injusticia y el desparpajo donde quiera que se encuentren; que se opongan a todo linaje de corrupción, llámese parlamentarismo, llámese favoritismo; que corten de raíz la empleomanía y todo arte de vivir sin trabajar, a costa del país; reyes fuertes en su derecho, pero que nos hagan andar derechos a todos.

Si los sucesos que estamos presenciando son providenciales, como de algunos de ellos no podemos dudar, los hombres providenciales han venido ya al mundo, viven entre nosotros, y cuando lleguen el día y la hora oportunas se darán a conocer. El signo de escogidos lo llevarán, más que en la frente, en el corazón, en el temple de su alma, y serán aclamados por su genio, por sus obras, por la altura de sus pensamientos, por su propio valor y magnanimidad. Los principios españoles necesitan modelarse por el pueblo a quien tienen que regir: este pueblo es católico; sus leyes, sus costumbres, sus hazañas, sus virtudes, su fe y su perseverancia han brotado del catolicismo; y sin

esta clave, la historia española sería incomprendible y absurda, porque se compendría de una serie de desatinos que no tendría razón de ser.

Atendiendo al espíritu de los augustos Padres de Borbón y a los tiempos verdaderamente críticos y de renovación misteriosa en que ha venido al mundo; no dudamos en que tales han de ser los sentimientos y principios en que se le eduque.

LA MARSELLA.

El canto revolucionario y popular en Francia, conocido con el nombre de la *Marsellesa*, resuena hoy en todos los ángulos del vecino imperio. Antes de la declaración de la guerra lo entonaban las turbas, como protesta, ó por lo menos, como medio de oposición al Gobierno, que se veía forzado a tolerarlo; después, este mismo Gobierno ha dado permiso a las bandas de música militares para que puedan tocarlo libremente. Desde entonces el himno famoso de Rouget de L'Isle se oye en todas partes; en las calles, en las funciones públicas de los teatros, en las marchas y revistas militares, y hasta en los banquetes que ha dado en Saint-Cloud el emperador.

En la incertidumbre en que estamos acerca de los principios políticos que cada una de las potencias beligerantes ha de representar, de sus esperanzas y temores, y de las consecuencias de la tremenda lucha que vá a emprenderse; á falta de datos claros y positivos, tenemos que atenernos á síntomas, y en tal concepto podemos juzgar el hecho, al parecer insignificante, de la autorización oficial dada al canto de la *Marsellesa*.

Esta canción es republicana por su origen, por sus palabras escritas principalmente en odio á los reyes, á la aristocracia y á las clases conservadoras. Que existe en Francia un gran partido republicano es indudable. Se halla, es cierto, dividido en dos: uno moderado y otro furiosamente exaltado; pero ambos conciben en el deseo de reemplazar con la república el imperio. Los exaltados, llamados en Francia *irreconciliables*, se han mostrado enemigos de la guerra, y manifiestan su oposición al grito de *viva la paz* y á veces de *viva Prusia*. ¿No es síntoma de debilidad por parte del Gobierno francés el autorizar el canto republicano por excelencia? ¿No es reconocer que no se puede excitar hoy á las muchedumbres en favor de la guerra, sino halagando sus instintos anti-dinásticos?

Así nos lo parece. El Gobierno francés reconoce implícitamente que las ideas de justicia, del honor nacional y del patriotismo no son suficientes para hacer que la guerra alcance una popularidad completa en el país, y transige con sus más encarnizados enemigos interiores, supliendo lo que falta á la popularidad del imperio con la popularidad de la república.

El Gobierno francés dá á entender que tiene miedo; y no le faltan, es verdad, motivos para ello, tanto en el caso de que la guerra quede circunscrita á las dos naciones rivales, como en el de que se extienda por medio de reciprocas alianzas ofensivas y defensivas, y se convierta en guerra general. Y poseído de este miedo, se mira á sí propio y se encuentra débil para arrastrar por sí solo á la nación entera. Por eso se ve obligado á pedir auxilio á los mismos republicanos que cordialmente le detestan.

No dudamos de que los republicanos, con la excepción de los más furiosos irreconciliables, le den su apoyo; pero esta alianza ha de debilitar más tarde al imperio y producir funestos resultados el día de la victoria. El pueblo volverá á familiarizarse con las ideas de odio á los tiranos, esto es, á los reyes; bajo las cuales se le ha conducido al combate, y el trono imperial, si no ha de tambalearse á la explosión misma del entusiasmo el día del triunfo, tendrá que seguir la corriente popular y adoptar por lo menos una política mucho más liberal que la que ha seguido hasta ahora.

Pero si, como es posible, queda vencido, ó en las vicisitudes de la guerra sufre algún grave revés, desde ahora se vé el rumbo que tomarán las cosas en el vecino imperio: el Gobierno mismo lo ha trazado al restaurar nuevamente como emblema nacional la *Marsellesa*.

Ocupadas como han estado nuestras columnas en la publicación de los importantísimos documentos conciliadores que nos han llegado de Roma y las graves noticias de la guerra, no hemos podido hasta ahora hablar de la elocuente y sentida Carta pastoral del Sr. Obispo de Jaen, que copiamos en nuestro número del jueves. Como todos los escritos que salen de la pluma de este docto Prelado, la citada Pastoral merece leerse y meditarse profundamente. Toda ella es preciosa; pero, sin embargo, quisiéramos que el lector se fijase muy particularmente en los párrafos ó capítulos V y VI del expresado documento.

Al final del primero de ellos hay una idea magníficamente expresada, y que nos es grato reproducir, porque confirma lo que desde nuestra modesta esfera de periodistas tantas veces hemos indicado á nuestros lectores.

Hablando el Sr. Monescillo de la hipocresía de la revolución actual, hasta en los momentos en que tan descaradamente combate á la Iglesia, dice: «Advertáste que no es suceso del día: la cosa data de muy lejos; testigo, sino, la peregrina coherencia de algún ministro al expedir nombramientos de vocales de instrucción primaria en favor de Obispos, jefes y jueces natos de la doctrina padres y maestros de los católicos. La idea no es de origen revolucionario: es de invenciones conservadoras, por supuesto muy compuesta y aderezada, como de costumbres presentaba sus obras, la escuela del buen tono y del estilo templado».

Traslademos estas palabras á *La Epoca* y á los

periódicos moderados, mientras seguimos tranquilamente nuestro camino, alentados, hoy más que nunca, con las palabras que acabamos de transcribir del venerable y esclarecido señor Obispo de Jaen.

En el capítulo VI de la mencionada *Carta Pastoral*, hay párrafos verdaderamente inspirados á favor de las asociaciones piadosas nuevamente creadas en España, y en ellos principalmente se alude á la institución llamada *La Juventud católica*, de cuyos actos y progresos tantas veces hemos dado cuenta en nuestras columnas.

Cordialmente felicitamos á los jóvenes que con tanta fe como denuevo, han consagrado su talento y su corazón á la defensa de los principios y sentimientos religiosos de nuestra querida patria.

La Epoca ha publicado las líneas siguientes:

«Mientras D. Carlos de Borbón, sin consultar á su Consejo áulico, sin tener para nada en cuenta la opinión y los intereses del pueblo que llama suyo, ofrece su espada á un Gobierno extranjero en guerra con un pueblo amigo de España, el diario carlista *La Esperanza* publica las noticias siguientes:

El diario de la tarde inserta á continuación unas líneas de *La Esperanza* en las que este periódico refiere la muerte de varios carlistas.

Es absolutamente falso que el duque de Madrid haya hecho á Napoleón III el ofrecimiento de que habla *La Epoca* ni otro alguno, y el diario de la calle de las Torres puede, si estamos engañados demostrarlo, aprovechando para ello las buenas relaciones en que siempre ha vivido con el Gobierno del vecino imperio, merced á las cuales goza en Francia durante mucho tiempo de grandes privilegios que no alcanzamos nunca los demás periódicos. Verdad es que tampoco los hemos solicitado.

A mayor abundamiento copiamos la siguiente carta que acabamos de recibir en este momento:

«PARIS, 23 Julio 1870, 38, rue Blanche.—Señor director de *La Epoca*.—Madrid.—Apreciable amigo: *La Epoca* del 22, que acabo de leer, supone «que el rey Carlos VII ha ofrecido su espada y sus servicios al Gobierno francés».

Y después pregunta: ¿Se considera D. Carlos rey de España, ó coronel de caballería al servicio de otra potencia? Suposición y pregunta son... imposibles.

D. Carlos vino á Paris:

1.º Para conocer hora por hora los acontecimientos interiores de su amada patria, y los exteriores de la patria de sus ilustres ascendientes.

2.º Para seguir, de permitirlo aquellos, las operaciones militares del ejército francés, estudiando así la estrategia moderna, y asistiendo á una gran batalla.

Ni más, ni menos.

Por el *Journal officiel* de este Gobierno saben ustedes que no se admitirá en el ejército del Rhin ni á príncipe, ni á militar, ni á hombre civil alguno extranjero, y en esta embajada no ignoran que ha sido casi un *casus belli* entre España y Francia la salida de nuestro amado rey de este territorio.

¡Oh tempora, oh mores!... pero esperanza y confianza.

Cinco días ha honrado el rey esta su casa, y se ha dignado apelar á mis consejos.

Garantizo á Vd., pues, este relato, y le autorizo á trasladarlo á *La Epoca*.

Quedan satisfechas las exigencias de *La Epoca*. Y a podía haberse convencido el diario mirafloresco de que á nosotros no nos duelen prendas.

En la circular dirigida por el ministro de Negocios extranjeros de Francia á los agentes diplomáticos del imperio, que en otro lugar insertamos, hay un párrafo que se refiere á España, y debe llamar especialmente nuestra atención. Según el duque de Grammont, ya en el mes de Marzo de 1869 se trató de la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern para el trono de España.

Francia por medio de su embajador hizo saber entonces al Gobierno de Berlín que no podría consentir en que se sentase en el trono español un príncipe prusiano. El conde de Bismark tranquilizó desde luego al embajador francés, diciéndole que el proyecto era irrealizable. No satisfecho el conde Benedetti, volvió á hablar en varias ocasiones de la candidatura del príncipe Leopoldo, y en una de ellas el Sr. Thile, subsecretario de Estado, afirmó bajo su palabra de honor que el príncipe Hohenzollern ni era ni podía ser un candidato serio para España.

Si estos hechos son ciertos, indudablemente son muy dignos de tenerse en cuenta al juzgar de parte de quién está la razón en el conflicto franco-prusiano; y por lo que hace á España, las declaraciones del duque de Grammont son muy interesantes.

Por eso sin duda dice *El Imparcial*:

«Según nuestras noticias, el Gobierno español va á pedir explicaciones al emperador, por las frases de la circular de Mr. de Grammont en que se juzgan de una manera aventurada y aun tanto despreciable los propósitos de nuestro Gabinete en la cuestión de candidatura para el trono.

Creemos que dado el carácter amistoso que hoy tienen las relaciones entre España y Francia, estas explicaciones se obtendrán sin dificultad, pues el Gobierno del emperador no puede sostener un juicio con tanta ligereza emitido por Mr. Grammont».

¿Cuántas complicaciones para el Gobierno revolucionario de España!

Si ya en el mes de Marzo de 1869 se trataba de traer al trono de España un príncipe prusiano, ¿podría ignorar el general Prim la oposición que á semejante proyecto había de hacer Francia?

Y si no la ignoraba, ¿con qué fin llevaba adelante las negociaciones? Lo natural era, que habiendo manifestado Francia de antemano su oposición á la candidatura del príncipe Hohenzollern, al insistir en semejante proyecto el Gobierno de Prusia por un lado y el general Prim por otro, lo hicieran con el firme propósito de llevar adelante su pensamiento á riesgo y ventura, estableciéndose ciertos compromisos entre los Gobiernos de Prusia y España. Y sin embargo, lo ha sucedido así.

Y cuando debíamos creer al Gobierno francés

muy enojado con el general Prim, le vemos mostrarse con él más deferente que nunca, y hasta se habla de alianzas.... Estos sí que son misterios, que tal vez solo conoce bien en España el general Prim.

Recuerden á este propósito nuestros lectores que en un principio, cuando se vió que Francia se formalizaba al saber que la candidatura del príncipe Hohenzollern era cosa convenida, *La Iberia*, órgano del ministro de Estado, usó de un lenguaje bastante violento contra Francia.

Semejante conducta llamó la atención de la prensa francesa, y está lejos de contestar en el mismo tono, ó calló, ó se limitó, como *La Liberté*, á describir las siguientes significativas líneas:

«Algunos diarios españoles y entre ellos *La Iberia*, órgano del general Prim, nos atacan personalmente. Como puede suceder que de aquí á algunos días, semejante actitud cambie completamente, no queremos contestar, á fin de evitar una polémica inútil ó prematura».

La previsión de *La Liberté* estaba muy en su lugar. La actitud de *La Iberia* ha cambiado en efecto completamente. El órgano del Sr. Sagasta ó el órgano del Sr. Prim, como le llama *La Liberté* hace ya días que no ataca á Francia, muy al contrario se felicita de los sentimientos de amistad que el Gobierno revolucionario de España.

¿A qué se debe este cambio? ¿Cómo se explica?

No ha llegado aún el momento de saber al por menor todo lo que ha pasado estos días entre los Gobiernos de España, pero no nos impide decir que no quisiéramos para nosotros la honra que vale á *La Iberia* y á sus patrocinados el parrufito de *La Liberté* que hemos transcrito.

Un periódico francés dando cuenta de un rumor que había corrido en el salón de conferencias del Cuerpo legislativo, decía en uno de sus últimos números:

Ha corrido el rumor de que Prim nos ofrecía, no la neutralidad, sino cincuenta mil hombres.

Está muy bien, con tal de que él no forme parte del regalo.

Un periódico de París dice que los confesionarios de Versailles se encuentran estos días incesantemente ocupados: los oficiales y soldados de aquella guarnición se apresuran á confesarse antes de partir para la guerra.

«Hoy, escribían hace pocos días al citado diario, he visto á un sacerdote que ha estado durante doce horas oyendo confesiones».

En Paris, la Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias está todo el día llena de oficiales y soldados que van á implorar la protección de la Inmaculada Virgen antes de entrar en campaña.

Escriben de Colonia á un diario de Paris:

«Acabo de leer en los periódicos franceses *Constitutionnel*, *Siccle* y *Debats* algunos párrafos que dan á entender que cuentan con la alianza de Dinamarca. Aquí por el contrario se cuenta con toda seguridad con su neutralidad.

«En Francfort, la idea que se tiene de la naturaleza de la lucha que va á empeñarse ha acallado el odio en los francfortes contra Prusia, y los batallones prusianos que atraviesan por la ciudad son recibidos con gran entusiasmo».

Estas noticias, publicadas en un diario francés muy partidario de la guerra, nos confirman más y más en la idea de que nuestros vecinos se han formado algunas ilusiones en punto á alianzas. El conde de Bismark, con razón ó sin ella, ha imbuido en todos los pueblos alemanes la idea de que la guerra es contra toda Alemania, y los alemanes se olvidan de las injurias que han recibido de Bismark, y repiten con entusiasmo el grito de guerra á Francia! ¡Viva Alemania!

Como el gran duque de Baden no se adhirió al convenio de 1868 en que varias naciones se comprometieron á no usar en caso de guerra las balas explosivas, tan pronto como aquel estado se declaró aliado de Prusia, el Gobierno francés preguntó al ministro badense si el ejército del gran duque usaría ó no de aquel terrible medio de destrucción. El ministro de Baden parece que ha contestado negativamente. Gracias á esto no se aumentarán las desgracias de la guerra con los horribles efectos de las balas de explosión, cuyos gases matan por asfixia.

Es manía antigua y por lo visto incorregible en los liberales el figurarse que nos ha venido con el liberalismo todo lo útil y bueno que tenemos en España, como si la península hubiese sido una laguna pestilente ó un caos tenebroso hasta que nacieron los nuevos sabios regeneradores. En el banquete celebrado en Zaragoza el día 18 del corriente, con motivo de las obras del canal de Cinco Villas, el capitán general de Aragón, Sr. Bassols, dijo, que «la libertad es base precisa de todas estas empresas», «el único régimen bajo el cual pueden ser practicable y beneficiosas para el pueblo»; el Sr. Echegaray, célebre por sus descubrimientos históricos en el quemadero de Madrid, añadió:

«La libertad, señores, sin la que no hay nada; y si no, volved los ojos atrás, volved la vista á nuestra historia, considerad lo que en tiempo del absolutismo había, y comparadlo con lo que ahora hay, con lo que ahora existe, con lo que el régimen liberal nos ha dado, con lo que nos ha de abrir tan grande, tan magnífico, tan brillante porvenir en la Europa. Comparad los trabajos que ahora se realizan con los que entonces se realizaban. Entonces el despotismo político por una parte, y por otra la intolerancia religiosa ¿qué hacían? ¿qué monumentos levantaban?

Los convidados al banquete aplaudieron estrepitosamente las palabras del orador, según asegura la crónica, más esta no nos dice si antes de pronunciarlas hizo esconder la Seo, San Pablo y el Pilar de Zaragoza, el puente sobre el Ebro y el canal imperial. Saltemos que en la sala del banquete no estaba la estatua de Pignatelli. Cierta-

mente es menester ignorar completamente la historia ó estar cegado por el entusiasmo para poder decir en nombre del liberalismo á los aragoneses: volved los ojos atrás, volved la vista á la historia y comparad.

El eminente geólogo de la trenza incombustible en todas partes encuentra esqueletos y osamentas, y los saca á relucir en todos sus discursos. En el banquete de Zaragoza, olvidándose de que estaban en la mesa y de la delicadeza de las señoras, exclamaba:

«Uno de esos esqueletos, una de esas inmensas osamentas se llama el Escorial, y simboliza la intolerancia religiosa; otra se llama el palacio de Madrid, osamenta tendida á orillas del Manzanares, y simboliza la monarquía de derecho divino; ¡uno y otro son hoy esqueletos de monstruos que murieron para siempre! (Grandes aplausos).

¡Ay! necesario es saber á ciencia cierta que es un ministro de Fomento quien se expresa en estos términos, para poder creerlo. ¡Artistas españoles y artistas extranjeros que en el Escorial y en el palacio de Madrid dejasteis tan bellas muestras de vuestro ingenio y de vuestra destreza, si desde el lugar en que estais llegan las palabras del ministro revolucionario, tapaos los oídos para no escucharlas! A ser posible, volverías á morir de pena y de vergüenza. Jóvenes estudiosos á quienes el cielo privilegió con talentos distinguidos, y os extasiáis ante esos modelos del arte, que son vuestro embelesamiento y vuestra desesperación, no prestéis tampoco oído á esas voces que matarían vuestra noble ambición y marchitarían vuestro genio que puede dar nuevas glorias al arte y á la patria.

«Volved los ojos atrás, volved la vista á la historia, os diremos nosotros también, y comparad».

Y preguntaba el Sr. Echegaray á los comensales de Zaragoza:

«Sería hoy posible que un ministro, por grande que fuera su osadía, por mucho que fuera su arrojo; por profunda que fuera su corrupción, se presentara en una Cámara popular, y dijera: aquí traigo un presupuesto de 800 millones, votadlo, que es para construir un sitio de recreo para el monarca? ¿Sería esto posible? No; pues bien; si esto no es posible, gracias á nuestro régimen liberal, algo son y algo valen nuestras libertades. (Bien, bien.)

No, no es posible; porque las cantidades de 800 millones no abundan ni se hallan así como quiera. No es posible tampoco, porque con el régimen liberal que nos gobierna se hacen los empréstitos á cenáculos tapados, muchos ministros se hacen ricos misteriosamente, con misterio se adornan reglamente los ministerios y sin comunicarlo á las Cortes se hacen sitios de recreo cuyo costo pocos conocen. Con el sistema liberal, el ministro pide y los contribuyentes pagan tributos inmensamente superiores á los que pagaban nuestros abuelos; esto es cierto: cómo después se gastan, es un misterio.

En el mismo banquete tomaron la palabra dos señores norteamericanos, el Sr. Raphall, secretario de la legación de los Estados Unidos, y el Sr. Burt, representante de la prensa norteamericana. El primero hizo saber á los liberales españoles, allí reunidos, que en la república-modelo «se goza de libertad perfecta y de verdadera seguridad individual», el segundo dijo: «Yo espero que la grande obra que principia hoy continuará, á diferencia de lo que ha sucedido á otras obras». No consta que estas palabras que podían tomarse como alusiones personales y poco satisfactorias á la revolución fuesen aplaudidas. La lealtad nos obliga á decir que el Sr. Burt añadió: «bajo otros Gobiernos» tal vez porque veía el mal efecto que producía su discurso; pero entre otras cosas, comenzadas y no concluidas por el Gobierno revolucionario, aquí tenemos el panteón nacional: el tiempo ha borrado las brillantes inscripciones puestas en el frontón de San Francisco (monumento de aquellos tiempos...), y las urnas que contienen los restos de nuestros héroes, yacen echadas en el mismo rincón en donde se los abandonó el día de la traslación.

A El Norte de Gerona le escriben de Bañolas:

«Como le dije el otro día no pudo entrar el nuevo ayuntamiento por haberse negado á jurar la Constitución: en su consecuencia dispuso la autoridad superior de la provincia se procediese á nuevas elecciones. Efectivamente, estas debían tener lugar los días 14, 15, 16 y 17 del que rige; y digo que debían tener lugar, puesto que no se han realizado todavía, ni siquiera hoy último día de elecciones se ha formado mesa».

Con el juramento han hallado los revolucionarios un medio muy excelente para cerrar legalmente todas las puertas á los reaccionarios y guardar la breva para la familia.

Se presenta un joven á oposición y gana la cátedra, porque sabe más que sus contrincantes liberales? No haya miedo de que la obtenga: antes de darle posesión se le exigirá que jure lo que no puede jurar su conciencia, y hétele ahí incapacitado.

La mayoría de vecinos de un pueblo buscan un ayuntamiento de personas honradas que miren por el pro común y no malversen los fondos del municipio? ¡Que juren! Y héte ahí al pueblo sin ayuntamiento ó obligado á sufrir el que el sufragio universal no ha nombrado.

Así se suprimen indirectamente el sufragio universal, la voluntad nacional, los derechos individuales, la igualdad y todas las grandes conquistas revolucionarias formando de ellas un monopolio en favor de los afortunados vencedores.

En adelante cada vez que cambie una situación, el Gobierno nuevo, con encontrar una fórmula de juramento que no puedan prestar sus contrarios, tendrá un modo decente de deshacerse de ellos en todos los ramos de la administración.

La Junta Superior de la Asociación de católicos en España, tan pronto como tuvo noticia cierta de la definición, dirigió el siguiente telegrama:

«Al Cardenal Antonelli.—La Junta Superior de la Asociación de católicos en España, en nombre de todos los católicos españoles a ella asociados, felicita a Su Santidad y al Concilio por la definición de la infalibilidad pontificia.—El marqués de Villana, presidente.—El marqués de Mirabel, vicepresidente.»

El gobernador eclesiástico de la diócesis de Solsona ha publicado en el *Boletín Eclesiástico* de la misma una protesta contra la venta anunciada de quince fincas correspondientes a la «Reverenda Unión de Presbiteros del hospital de pobres» dispuesta por el jefe económico de la Hacienda pública, en atención a que dichos bienes fueron declarados de patronato particular en 1856 por la Junta provincial inspectora de administración y venta de bienes del Clero secular.

Según dice *La Epoca* no sería imposible que el conde de Chaste volviere a París y que más tarde presenciase las operaciones de los ejércitos beligerantes en Alemania. El general San Roman, añade, ha marchado a tomar baños. El general Iersundi permanece por ahora con el general Gasset en París.

Leemos en *El Imparcial*:

«Hay grandes esperanzas de obtener la captura de los secuestradores del Sr. Ramírez Cárdenas. Las autoridades tienen indicios de los lugares en que deben hallarse y se les sigue la pista con gran actividad.»

Los criminales han pedido por el secuestrado un rescate.

El Tiempo ha recibido cartas de Bayona diciéndole que los generales Calonge y Reina habían sido intimados por la autoridad francesa para que se interesasen, de cuya orden protestaron ambos y aun no se había cumplido.

Dice *El Telegrafo* de Barcelona del día 21:

«Añorche circulaba con insistencia una noticia gravísima, tan grave que no nos atreveríamos a estamparla si no haber resultado cierto. El villano insulto inferido por el populacho de Tolón al pabellón español. La daremos, sin embargo, con toda reserva y deseando no se confirme. El cónsul de España en Perpiñan ha sido atropellado por las turbas en el día de ayer.»

El Gobierno, según un diario revolucionario, no tiene noticia alguna del hecho de que cuenta *El Telegrafo*.

Según *La Correspondencia*, el general Prim parece haber suspendido por ahora su proyectado viaje a Alzola.

Si hemos de creer a *La Epoca*, el círculo conservador rechaza con gran severidad la actitud en que respecto de Francia se colocaba *El Tiempo* en el artículo firmado por su director de que tienen conocimiento nuestros lectores.

Vease ahora lo que sobre el particular dice el diario moderado en su último número:

«Se ha creído por algunos, en vista de nuestro artículo de ayer, que *El Tiempo* iba a cambiar de apreciación respecto al conflicto franco-prusiano.»

No es así. Hoy, lo mismo que ayer, creemos que la Francia tiene razón contra Prusia; hoy, con más datos que ayer, creemos que Prusia ha dado motivo para que Francia se alarme y Europa se asuste de la ambición y del maquiavélismo del conde de Bismarck. Pero eso no obsta para que, en nuestro deseo de paz, expresáramos una censura al Gobierno imperial, dado caso que se hubiera opuesto a suspender las hostilidades por un motivo de gloria.

«Será esta bastante satisfacción para los conservadores?»

Es de creer que no, si como dice hoy *El Imparcial*, el director accidental de *El Tiempo*, Sr. López Martínez, se ha retirado de dicho periódico, manifestando que en vista de que sus opiniones sobre la responsabilidad de la guerra no son las de algunos hombres importantes del partido, ni de los demás redactores de dicho periódico, cree de su deber abandonar el periódico para sostener en otra parte sus convicciones y evitar al partido una división.

«Una división! Si dijera nuevas divisiones, se comprendería esta resolución.»

Ayer se recibió el siguiente telegrama:

«HABANA, 23 de Julio.—En el departamento oriental se han disuelto varias partidas. Muertos el cabecilla Marmol y otros, y prisioneras sus familias. Preparo la creación de ayuntamientos en las cabezas de partido.—Caballero.»

El rey de Prusia ha ordenado que se hagan rogativas públicas por el triunfo de sus ejércitos, y un ayuno de 24 horas.

Se acaba de publicar el número sexto de la excelente revista eucarística *La Lámpara del Santuario*, única publicación de su género en España, y de un precio baratísimo: cada día aumenta la suscripción, porque también crece el interés de sus artículos doctrinales, de erudición y de curiosas variedades, con los que alternarán muy pronto otros de los venerables y santos españoles que se distinguieron por su devoción al Santísimo Misterio eucarístico. La recomendamos mucho a nuestros suscritores, tanto más, que cubiertos los gastos de impresión, el resto se destinará a la impresión de hojas piadosas y otros fines santos.

Se suscribe en las librerías católicas de Madrid; cada número cuesta un solo real en toda España y es de 40 páginas en 8.º y mensual.

Hoy escasean las noticias sobre carlistas en los periódicos revolucionarios. En cambio, dos órganos graves del liberalismo suplen esta falta con su acostumbrada armonía, es decir, echando uno por la carretera y otro por el atajo.

Dice *La Epoca*:

«Podemos afirmar sin temor de ser desmentidos, que carecen de fundamento cuantas noticias ha dado la prensa española sobre nuevas inteligencias de Cabrera con D. Carlos y viajes de aquel a la frontera de España. Cabrera realiza en estos momentos con su familia un viaje de placer por el Norte de Inglaterra. Regresará a Londres de un día a otro y como adionado irá a presenciar la gran lucha entre los ejércitos franceses y aleman, como en 1866 estuvo en Sadowa.»

En cuanto a la política española, su resolución irrevocable es no promover por ningún motivo la guerra civil en su antigua patria y pedir el triunfo de una monarquía constitucional, que arranque de la tradición, pero que se apoye en la voluntad nacional, en los medios legales de la prensa, de las elecciones y de la opinión pública.

Cabrera considera altamente lamentable la conducta que sus actuales consejeros hacen seguir al joven duque de Madrid, y habría deseado verlo encerrarse en una gran reserva, fijando su residencia en Austria, y esperando los sucesos que van a cambiar a la faz de Europa. No aventuráramos mucho diciendo que la idea de la fusión dinástica no encontraría en él grandes obstáculos.

Vease ahora lo que sobre el mismo asunto dice *El Tiempo*:

«Hay ya noticias de que ha llegado D. Carlos de Borbón a Vevey. Pero al mismo tiempo se dice que este ha ofrecido a sus amigos trasladar su residencia a Lisboa, y que ha vuelto a entrar en negociaciones con D. Ramón Cabrera, que ha pedido a D. Carlos un plazo de quince días para organizar el partido.»

Fundase esta noticia en que actualmente se encuentra al lado de D. Carlos un individuo que merece toda la confianza de Cabrera, y que ha sido mucho tiempo secretario suyo.

«En qué quedamos?... Está visto que los diarios conservadores liberales, lo mismo que los ultra-revolucionarios, siempre han de aparecer discordes en todo y por todo.»

Un despacho del conde de Rochefort, fechado en Pekín el 9 de Julio, y que inserta el diario oficial de Francia, no deja por desgracia la menor duda en cuanto al asesinato de varios franceses en China.

M. Fontané, cónsul de Francia, y MM. Simon, Thomassin, la mujer de este, ocho hermanas de la caridad y los Padres Chevrier y Chalmisson; en conjunto, catorce personas, fueron asesinadas por el populacho de Tientsin el 22 de Junio.

El despacho añade que no hay temor de que se imite tan doloroso ejemplo en Pekín.

Noticias de otro origen dicen que la catedral, el convento y el consulado de Tientsin han sido reducidos a cenizas, y que además fueron asesinados tres rusos.

Parece que el Gobierno chino había adoptado disposiciones para castigar severamente a los culpables.

Dice un periódico que el Cura párroco de Olmeda del Extremo, diócesis de Sigüenza, previas las correspondientes letras transitorias de su superior, ha tenido que trasladarse al pueblo de Olivar al lado de su familia por no perecer de hambre. Había agotado ya todos los medios, y no quería ser una carga pesada a sus feligreses, ofreciéndoles a todas horas el cuadro de su miseria.

Por desgracia hechos tan dolorosos como este se presencian hoy con mucha frecuencia.

Dice *El Imparcial* que será dado de baja en el ejército el general San Roman por sentencia del consejo de guerra celebrado ayer en esta capital.

La *Gaceta* de ayer contiene un decreto expedido por el ministerio de Hacienda, por el que se aprueban las ordenanzas generales de Aduanas, que transcribe a continuación, formadas en cumplimiento a lo mandado en la base 12 del apéndice C a la ley del presupuesto de ingresos de 1.º de Julio de 1869. Dichas ordenanzas comenzarán a regir desde 1.º de Noviembre próximo.

La *Gaceta* de hoy no contiene ninguna disposición de interés general.

La Igualdad presenta la actitud comprometida en que se ha colocado el Gobierno respecto de Francia y Prusia, por sus desaciertos en la cuestión de la candidatura prusiana. Dice así el diario republicano:

«Insisten algunos periódicos franceses, y entre ellos la *Liberté*, en la existencia de un tratado secreto de alianza ofensiva y defensiva entre el Gobierno francés y el español, y por virtud del cual se ha obligado este a suministrar al vecino imperio un contingente de tropas.»

No hemos dado ni daremos crédito alguno a esta noticia, que, además de ser absurda, sería de imposible realización; porque si el Gobierno llevara la locura hasta el punto de comprometerse en una guerra que él ha provocado y que no interesa directamente al país, este, por abatido que esté, tiene bastante dignidad para rechazar tan ineficaz compromiso, declinando sobre los ministros toda la responsabilidad de su antipatriótica y desacertada conducta.

Lo que no cabe duda es en que el Gobierno español, después de haber arregrado secretamente con Mr. de Bismarck la candidatura Hohenzollern, ocasión principal del conflicto franco-prusiano, ha procurado congraciarse, por medio de Olózaga, con Napoleón; y, al efecto, no sólo ha dado a este cuantas garantías ha pedido para asegurarse de nuestra neutralidad, sino también de la profunda simpatía y eficaz benevolencia del Gabinete Prim-Rivero.

A lo menos eso corre. De manera que podemos, o puede el Gobierno, contar, hoy por hoy, con la amistad íntima, con la benevolencia y hasta con el agradecimiento de las dos potencias rivales, que se van a romper la crisma por su causa.

Se nos figura que la posición en que se ha colocado el Gobierno, respecto a las dos poderosas naciones expresadas, tiene mucha semejanza con la de una heroína de melodrama en presencia de dos amantes, que se disputan pistola en mano su posesión, y que espera con ademán indiferente que el éxito del combate decida de su suerte, para entregarse a la voluntad del más afortunado.

Este sistema podrá ser todo lo hábil que se quiera y por lo menos es muy cómodo para ministros que se han propuesto no dejar de serlo en mucho tiempo; pero no es altamente delicado para una nación de veinte millones de habitantes, y que lleva por nombre Es-PAÑA.

Si hemos de creer a *La Igualdad*, la partida célebre «cuyo nombre se asocia por el público a escenas como la de apalar y asesinar ciudadanos de ideas opuestas al Gobierno» hoy se emplea en soliviantar los ánimos de las gentes sencillas en contra de Francia:

«Lo que nos conviene a nosotros, mientras dure el conflicto que ha principiado a orillas del Rhin,

conflicto que es muy fácil se propague a otras naciones, dice el diario republicano, es permanecer en una estricta neutralidad, siempre que de una manera digna y decorosa podamos mantenernos en esta situación, pues harías desgracias estamos sufriendo, merced a los desaciertos de nuestros gobernantes.»

«A las veces, y esto debe tenerlo el pueblo muy presente, por un mal entendido patriotismo, servicios de instrumentos a proyectos hastados de hombres funestos, que, por satisfacer y llevar a cabo sus abigarrados planes, no reparan en la ruina de la patria.»

Ya se han echado a volar especies de alianza con Prusia, y que 80,000 españoles ocuparán pronto el Prineo.

Pues estas noticias coinciden con los rumores de que alguna turba quería dirigirse a la embajada francesa con siniestras intenciones, y por esto damos la voz de alerta al pueblo, para que no se deje sorprender; así como avisamos de los rumores que circulan a las autoridades, interesadas en velar por los sagrados intereses que les están confiados, evitando con su celo los males sin cuento que podía ocasionarnos un acto de hostilidad semejante; y que aun cuando resultase cierto que nuestros vecinos habían cometido un acto bárbaro contra nuestra bandera, esto no justifica de ningún modo el que les imitemos, pues hay caminos más dignos y decorosos para obtener la condigna reparación.»

Los periódicos revolucionarios no pierden de vista la cuestión de la venida del regente.

Dice *La Política*:

«Sabemos que el regente ha deseado volver a Madrid desde el momento en que se formalizó la declaración de guerra entre Prusia y Francia. Si no ha vuelto ya, ha sido por consideraciones fáciles de comprender.»

Y anuncia *La Correspondencia*:

«Después de la cacería que tuvo lugar ayer en las inmediaciones de la Granja, el regente obsequió con una magnífica comida, en su posesión de la Mata, al Sr. Dumont y señora, Abascal, Lopez Dominguez, señora del brigadier Tasara y otras varias personas, cuyos nombres no recordamos.»

Por último declara *El Imparcial*:

«No es exacto que el regente piense regresar de un momento a otro. Tanto es así, que el martes saldrá para la Granja el ministro de Estado, el primer introductor de embajadores y el ministro plenipotenciario de Portugal en España, que va a presentar sus credenciales a S. A.»

Esperamos que en vista de estas manifestaciones cesará el clamoreo de los periódicos revolucionarios para que regrese a Madrid el duque de la Torre. Entre los placeres de la caza unidos a las frescas brisas de las frondosas alamedas de la Granja, y este asadero que se llama Madrid, puede ser dudosa la elección?

Con profunda pena leemos en *La Convicción* de Barcelona lo que sigue:

«Tenemos el sentimiento de comunicar a nuestros lectores la triste noticia del fallecimiento de nuestro querido y virtuoso Prelado, el Excmo. señor D. Pantaleón Monserrat y Navarro, ocurrido en la ciudad eterna el 20 del actual. Desde la mañana de ayer empezó ya a circular el rumor de tan sensible pérdida; y habiendo indagado lo que podía haber en él de verdad, supimos con gran dolor que era completamente cierto en todas sus partes.»

Anteayer a las nueve y cuarto de la noche recibió en la secretaría de cámara de este obispado un despacho telegráfico, fechado en Roma el 20 del actual, anunciando que el Excmo. Sr. Ilmo. señor Obispo de esta diócesis se hallaba enfermo de gravedad. A los diez y doce minutos recibió otro, comunicando la desconsoladora noticia de su muerte.

Nada más se ha podido saber posteriormente, creyéndose que su enfermedad debe haber sido muy corta, ya que cuantas personas han venido de dicha ciudad han asegurado siempre que nuestro Prelado gozaba de perfecta salud, siendo hasta la envidia de muchos otros españoles residentes en la capital del orbe católico.

Los fieles todos de este Obispado y en particular los de Barcelona, y cuantas personas habían tenido el gusto de conocer las virtudes que adornaban a este ilustre Obispo, no podrán menos de sentir en extremo tan sensible pérdida, especialmente en las actuales circunstancias porque a través de nuestra querida patria.

«Que Dios le haya recibido en su santa mansión!»

CORREO DE HOY.

La Constitución dogmática definida y promulgada el día 18, lleva este título:

«Constitución dogmática prima de Ecclesia Christi edita in sessione quarta sacrosancti oecumenici Concilii Vaticani.»

El final está concebido en estos términos:

«Datum Romae, in publica Sessione in Vaticana Basilica solemniter celebrata anno Incarnationis Dominicae millesimo octingentesimo septuagesimo, die decima octava Julii.

Pontificatus Nostri anno vigesimo quinto.

Ita est.

JOSEPHUS

Episcopus S. Hippolyti

Secretarius Concilii Vaticani.»

El documento siguiente certifica haberse cumplido las formalidades de costumbre:

«De mandato SSmi in Christo Patris et Domini Nostri Domini divina Providentia PII PP. IX, anno a Nativitate Domini MDCCCLXX. Indict. XIII, die vero XVIII Julii, Pontificatus ejusdem SSmi Domini Nostri anno XXV, praesens Constitutio Apostolica affixa et publicata fuit ad valvas Basilicarum S. Joannis in Laterano, Principis Apostolorum, et S. Mariae Majoris, Cancellariae Apostolicae, ac Magnae Innocentianae, atque in Aedae Campi Florae per Aloisium Serafini Apost. Curs.»

Philippus Ossani Magist. Curs.»

Las palabras con que el Padre Santo hizo la definición y confirmación, fueron las siguientes:

«Decretis et Canonis, qui in Constitutione modo lecta continentur, placentur omnibus Patribus, duobus exceptis: Nosque sacro approbante Concilio, illa et illis, ita ut lecta sunt, definimus, et Apostolica Auctoritate confirmamus.»

Del *Diario de Roma* correspondiente al día 18 tomamos lo siguiente:

«Esta mañana se ha celebrado la sesión IV del Concilio Vaticano en la basilica patriarcal dedicada a Dios bajo la invocación del príncipe de los Apóstoles; comenzó a las 9 y ha concluido poco después del medio día. La constitución votada, que es la primera de *Ecclesia Christi*, ha sido confirmada por el Padre Santo, y promulgada. Después de la fórmula de confirmación, Su Santidad ha pronunciado una breve alocución.

«Creemos oportuno hacer notar que de los 200 Obispos que se ausentaron del Concilio y cuya legitimidad ha sido reconocida, la gran mayoría profesaba la doctrina que hoy ha sido definida solemnemente, y que muchos Obispos que por razones legítimas no han podido asistir al Concilio, enviaron por escrito su adhesión a la misma.»

He aquí la alocución pronunciada en este acto solemne por el Padre Santo:

«Esta suprema autoridad del Romano Pontífice, venerables hermanos, no oprime, sino que alivia; no destruye, sino que edifica; y muchísimas veces confirma en la dignidad, una en la caridad, y asegura, y defiende los derechos de los hermanos, esto es, de los Obispos. Por esto aquellos que juzgan con agitación, sepan que el Señor no está en la agitación. Recuerden que hace pocos años, profesando una opinión opuesta, abundaron en nuestro sentir y en el de la mayor parte de esta amplísima Asamblea. ¿Acaso puede haber dos conciencias opuestas, juzgando sobre un mismo juicio? ¡Dios nos libre! Dios ilumine los entendimientos y los corazones; y ya que El solo es quien obra grandes maravillas; ilumine los entendimientos y los corazones, para que todos puedan acercarse al seno del Padre, del indigno Vicario de Jesucristo en la tierra. Y así unidos en uno por el vínculo de la caridad, podamos pelear las batallas del Señor, de manera que los enemigos no solo no hagan irrisión de nosotros, sino que más bien nos teman, y rindan algún día las armas de la maldad en presencia de la verdad, y puedan decir con San Agustín: «Tú me has llamado a tu admirable luz, y he aquí que veo.»

Ponemos a continuación el texto latino de estas notables palabras, cuyo sentido nos parece mal comprendido por alguno de los periódicos publicados ayer domingo:

«Summa ista Romani Pontificis auctoritas, Venerabiles Fratres, non opprimat sed adjuvat, non destruit sed aedificat, et sepius confirmat in dignitate, unit in charitate, et Fratrum, scilicet Episcoporum, iura firmat atque tutatur. Ideoque illi, qui nunc iudicant in commotione, seiant non esse in commotione Dominum. Meminerint quod nunci ab hinc annis, oppositam tenentes sententiam abundaverunt in sensu Nostro, et in sensu maioris partis hujus amplissimi Concilii, sed tunc iudicaverunt in spiritu auro lenis. Numquid in eodem iudicio iudicando duo opposita possunt existere conscientiae? Absit. Illuminet ergo Deus sensus et corda; et quoniam Ipse facit mirabilia magna solus, illuminet sensus et corda ut omnes accedere possint ad sinum Patris, Christi Jesu in terris indigni Vicarii, qui eos amat, eos diligit, et exoptat unum esse cum illis. Et ita simul in vinculo charitatis conjuncti preliare possimus pro Domini, ut non solum non irideant non inimici nostri, sed timeant potius, et aliquando arma militiae cedant in conspectu veritatis, sicut omnes cum D. Augustino dicere valeant: «Tu vocasti me in admirabile lumen tuum, et ecce video.»

Con la misma fecha del 18 Luis Veuillot escribe al *Univers*:

«Te Deum laudamus! Ya concluyó. A excepción de dos votos, uno y otro poco notables, el dogma ha sido votado por unanimidad. Los opositores que con su oposición habían trabajado ya tanto, —quod inopportunitatem dixerunt, necessarium fecerunt, —han hecho la unanimidad con su abstención.»

«Yo he oído el *Veni Creator*, el *Te Deum* y las aclamaciones del Concilio y de la muchedumbre. No quiero hacerlos una descripción: yo me crie más fuerte contra el cansancio y contra la emoción. De entre la muchedumbre unos se acordaban del galicismo y decían: «Ya queda enterrado! Otros pensando en el porvenir decían: «Nos hallamos en el Sinai.» Esta palabra es la que corresponde a mis pensamientos. Parecemos que hoy salimos de Egipto y que para en adelante el mundo queda desfaraoizado. A decir verdad, desde aquí al punto a donde vamos el camino es todavía largo; pero tenemos a Moisés mejor y más que Moisés. Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!»

Cuando después de la proclamación de la infalibilidad el Papa quiso hablar, hubo tal conmoción en la muchedumbre y tal explosión de gritos *viva Pio IX viva el Papa infalible!* que hubo de pausarse por algunos momentos.

Al oír que el Papa confirmaba, definía y proclamaba la verdad aprobada por el Concilio, a muchos Obispos los ojos se les arrasaron de lágrimas, y saludaban a Pio IX con entusiastas aplausos y aclamaciones que, repetidos por el pueblo, parecían hacer estremecer las bóvedas de la basilica.

El Papa dió la bendición con una voz vibrante, para llena de conmoción.

El pueblo respondió al *Te Deum* con un entusiasmo y trasportes indescriptibles.

En la sala del Concilio muchos Obispos se abrazaban estrechamente, y al pasar a la basilica se veían oprimidos amorosamente por el pueblo, que se apiñaba para besar sus manos y sus vestidos.

Los dos Obispos que dijeron *Non-placet* en la votación del día 18, son los Ilmos. Sres. Riccio, Obispo napolitano de Cajazzo; y Titz-Gerald, Obispo americano de Little Rock. El Obispo de Cajazzo, después de votar, fué a echarse a los pies del Papa e hizo su sumisión. La presencia y los votos de estos dos Prelados son una protesta anticipada contra cualquier acto que los contrarios de la infalibilidad quisieran fundar en alguna pretendida falta de libertad para votar. Dios todo lo hace bien.

Siendo 904 los Obispos de la cristiandad en todo el mundo y habiendo votado *Placet* 533 (este número da el *Diario de Roma*, el telegrafo había dicho 538), resulta que ha votado la mayoría de todo el Episcopado católico, aun sin contar unas 300 adhesiones de los ausentes del Vaticano.

El *Telegrafo Autógrafo* del 23 dice en su última hora lo siguiente:

«Continúan subiendo los fondos públicos. El mercado mejora, aunque las transacciones no son en gran escala. Entre la gente bursátil se explica os-

te movimiento de alza por la neutralidad que va de día en día pronunciándose respecto a la reciente guerra, y hasta se da en la Bolsa como seguro, que tan pronto como los beligerantes midan sus fuerzas en una gran batalla, en las inmediaciones del Rhin, terminará la guerra mediante los buenos oficios que para ello pondrán rápidamente en juego, por la vía diplomática, las grandes potencias neutrales.»

Nos será difícil, y creemos que otro tanto sucederá a la prensa toda de esta capital, fijar previamente el día de la salida del emperador para el campo de la guerra.

Parece resuelto que el emperador subirá en el camino de hierro en Saint-Cloud, y que sin cruzar por París, se dirigirá a su cuartel general, a donde llegará, sin que lo hayan sabido de antemano más que muy limitado número de personas.

Se habla en este momento de un encuentro entre prusianos y franceses. Mañana procuraremos enterar a nuestros lectores.

Se ha provisto a la escuadra francesa del Báltico de aparatos de luz eléctrica de una gran potencia, los cuales permitirán combatir la oscuridad en condiciones las más favorables.

Se están armando en Tolón todas las cañoneras blindadas. Cuatro de estos buques, las *Jagones*, *Leopard*, *Chical* y la *Hiena*, están ya prontos para hacerse a la mar y van a ser convoyados hasta Cherbourg por el aviso a vapor *Adonis*.

La fragata *Valerosa* que debía ir a Terranova, ha recibido carta orden y se dirige a Cherbourg.

El estado de salud del emperador es muy satisfactorio. Napoleón III muestra en estas graves circunstancias una calma y una entereza que son de feliz augurio para la próxima lucha. Creemos saber que no partirá mañana, como se había anunciado; no se ha fijado aun el día de su salida.

Acaban de producirse en Lyon manifestaciones tumultuosas. Un grupo de hombres, entre los cuales uno llevaba una bandera roja, se dirigió hacia el establecimiento de los jesuitas, y empezó a saquearlo.

Se trabó una pequeña lucha entre los agentes de la autoridad y los revoltosos, y se hicieron numerosos arrestos. Varios individuos que gritaban ¡viva la Prusia y viva la paz! fueron golpeados por la muchedumbre y puestos a disposición de la autoridad.

Los habitantes de Lyon se organizan para reprimir los desórdenes.

Se esperaba ayer noche que habría nuevas manifestaciones, pero gracias a la actitud de la población, se espera que se reprimirá inmediatamente cualquier desorden que ocurra.

Los soldados y jóvenes voluntarios que parten para el teatro de la guerra van llenos de entusiasmo, dando además gran parte de ellos inequívocos pruebas de su fe religiosa, pues sabemos de no pocos, que antes de su salida, así soldados como oficiales, van a pedir sus bendiciones a la Virgen, haciéndola particulares oraciones y pidiéndole de medallas y escapularios; ejemplo dignísimo de imitar, especialmente en estos tiempos en que tanto abunda, por desgracia, el indiferentismo religioso.

Por la gran importancia que encierra, copiamos a continuación el discurso pronunciado por el presidente del Cuerpo legislativo, M. Schneider, en la tarde del 22, en la sala maritales, a nombre de los diputados a Cortes:

«El Gobierno de Baden ha contestado ya al francés diciéndole que, en conformidad a los tratados vigentes, no se servirá de las balas explosibles. Añadiremos además que el gran duque ha dado ya orden a su representante en París para que reclame sus pasaportes.»

La baronesa de Werter y su hija salieron ayer mañana de París para los baños de Ostende.

Ayer recibió en Berlín sus pasaportes el encargado de Negocios de Francia en aquella corte. Hasta la frontera de Prusia fue escoltado con los miramientos y formalidades de estilo; no obstante, en la estación del ferro-carril de Berlín el agregado militar de la embajada, el coronel de Stoffel, fué objeto de insultos y manifestaciones hostiles por parte del pueblo.

El telegrafo nos confirma la noticia de que en la alta Italia se está formando un campamento de observación.

Las plazas fuertes del Cuadrilitero, así como las de la línea estratégica Casal, Alejandria y Génova se pondrán en estado de responder a toda eventualidad.

ÚLTIMA HORA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS, 24 (legado hoy 25).—El emperador ha presidido esta mañana en las Tullerías un consejo de ministros. Se asegura que marchará con su hijo el jueves próximo para el teatro de la guerra.

M. Treillard ha sido nombrado ministro plenipotenciario de Francia en Washington, en reemplazo de M. P. exst. Paradol, que falleció.

La emperatriz de Francia ha visitado la escuadra francesa en Cherbourg.

Ha tenido un recibimiento entusiasta.

SAN PETERSBURGO, 24.—El *Journal officiel* publica la declaración de neutralidad de Rusia.

LIBRO, 24 (recibido hoy).—La crisis ministerial motivada por una cuestión de Hacienda, acaba de terminarse, aunque solamente en las altas regiones políticas se hablaba de ella.

Los fondos públicos bajaron bastante el sábado a última hora.

VIENNA, 24.—El Gobierno ha pedido explicaciones a la Baviera sobre la interrupción del ferro-carril que va a parar al lago de Constanza.

PARTE, EXTRANJERA.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Havas-Bullier.)

El Imparcial publica ayer el siguiente telegrama: París, 23.—*Le Journal Officiel* de hoy publica la proclama que el emperador dirige al pueblo francés, en la que, después de decir que Prusia ha despertado desconfianza y ha hecho necesarios en todas partes armamentos exagerados, viniendo a la cuestión del día dice:

«Franceses: En la vida de los pueblos hay momentos solemnes; el honor nacional, violentamente excitado, se impone con fuerza irresistible y domina todos los intereses apoderándose de los destinos de la patria. Una de esas horas decisivas ha llegado para Francia. Prusia, a la que hemos atestado antes y después de la guerra de 1866 las disposiciones más conciliadoras, no teniendo en cuenta nuestro buen deseo y nuestra generosidad, lanzada a una vía desvanecedora, ha despertado todas las desconfianzas, necesitando por todas partes armamentos exagerados y haciendo de la Europa un campo donde reinan la incertidumbre y el temor para el porvenir.»

Un último incidente ha venido a revelar la instabilidad de las relaciones internacionales y a mostrar toda la gravedad de la situación.

En presencia de nuevas pretensiones de la Prusia se han hecho oír nuestras reclamaciones. Estas han sido eludidas y despreciadas. El país ha sentido una profunda irritación, y en seguida un grito de guerra ha resonado de una parte a otra de la Francia; no nos queda más que confiar nuestros destinos a la suerte de las armas.

No hacemos la guerra a la Alemania; pues respetamos su independencia y deseamos verdaderamente que los pueblos que componen la gran nacionalidad germánica, dispongan libremente de sus destinos. En cuanto a nosotros reclamamos el establecimiento de un estado de cosas que garantice nuestra seguridad y firme el porvenir. Queremos conquistar una paz duradera, basada en los verdaderos intereses de los pueblos, y hacer cesar este estado precario, en que todas las naciones emplean sus recursos en armarse las unas contra las otras.

La gloriosa bandera que desplegaron una vez más delante de los que nos provocan, es la misma que ha llevado a través de la Europa las ideas civilizadoras de nuestra gran revolución. Representa los mismos principios; inspira las mismas simpatías.

Franceses: voy a ponerme a la cabeza de este brillante ejército, a quien anima el amor del deber y el de la patria; el que posee su valor, porque ha visto en las cuatro partes del mundo elevarse a su paso la victoria. Llevo conmigo a mi hijo; a pesar de su corta edad, sabe ya cuáles son los deberes que su nombre le impone y está orgulloso de tomar una parte en los peligros de los que combaten por la patria.

Dios bendiga nuestros esfuerzos.

Un gran pueblo que defiende una causa justa es invencible.—Napoleón.

París, 23 de Julio.—Un telegrama oficial de Hamburgo anuncia que esta madrugada a las dos, 32 prusianos han hecho saltar el estribo de la orilla francesa del puente de Kehl.

La explosión ha sido espantosa, las torrecillas han sido destruidas y los trozos han venido a caer hasta sobre la orilla francesa.

París, 23.—Los periódicos aplauden la proclama del emperador. El Gobierno ruso ha publicado su declaración de neutralidad.

En la Bolsa se han cotizado: El 3 por 100 español interior a 23. El 3 por 100 id. exterior, a 24 1/2. El 3 por 100 id. id., a 25. El 3 por 100 id. id., a 26. El 3 por 100 id. id., a 27. El 3 por 100 id. id., a 28. El 3 por 100 id. id., a 29. El 3 por 100 id. id., a 30. El 3 por 100 id. id., a 31. El 3 por 100 id. id., a 32. El 3 por 100 id. id., a 33. El 3 por 100 id. id., a 34. El 3 por 100 id. id., a 35. El 3 por 100 id. id., a 36. El 3 por 100 id. id., a 37. El 3 por 100 id. id., a 38. El 3 por 100 id. id., a 39. El 3 por 100 id. id., a 40. El 3 por 100 id. id., a 41. El 3 por 100 id. id., a 42. El 3 por 100 id. id., a 43. El 3 por 100 id. id., a 44. El 3 por 100 id. id., a 45. El 3 por 100 id. id., a 46. El 3 por 100 id. id., a 47. El 3 por 100 id. id., a 48. El 3 por 100 id. id., a 49. El 3 por 100 id. id., a 50. El 3 por 100 id. id., a 51. El 3 por 100 id. id., a 52. El 3 por 100 id. id., a 53. El 3 por 100 id. id., a 54. El 3 por 100 id. id., a 55. El 3 por 100 id. id., a 56. El 3 por 100 id. id., a 57. El 3 por 100 id. id., a 58. El 3 por 100 id. id., a 59. El 3 por 100 id. id., a 60. El 3 por 100 id. id., a 61. El 3 por 100 id. id., a 62. El 3 por 100 id. id., a 63. El 3 por 100 id. id., a 64. El 3 por 100 id. id., a 65. El 3 por 100 id. id., a 66. El 3 por 100 id. id., a 67. El 3 por 100 id. id., a 68. El 3 por 100 id. id., a 69. El 3 por 100 id. id., a 70. El 3 por 100 id. id., a 71. El 3 por 100 id. id., a 72. El 3 por 100 id. id., a 73. El 3 por 100 id. id., a 74. El 3 por 100 id. id., a 75. El 3 por 100 id. id., a 76. El 3 por 100 id. id., a 77. El 3 por 100 id. id., a 78. El 3 por 100 id. id., a 79. El 3 por 100 id. id., a 80. El 3 por 100 id. id., a 81. El 3 por 100 id. id., a 82. El 3 por 100 id. id., a 83. El 3 por 100 id. id., a 84. El 3 por 100 id. id., a 85. El 3 por 100 id. id., a 86. El 3 por 100 id. id., a 87. El 3 por 100 id. id., a 88. El 3 por 100 id. id., a 89. El 3 por 100 id. id., a 90. El 3 por 100 id. id., a 91. El 3 por 100 id. id., a 92. El 3 por 100 id. id., a 93. El 3 por 100 id. id., a 94. El 3 por 100 id. id., a 95. El 3 por 100 id. id., a 96. El 3 por 100 id. id., a 97. El 3 por 100 id. id., a 98. El 3 por 100 id. id., a 99. El 3 por 100 id. id., a 100. El 3 por 100 id. id., a 101. El 3 por 100 id. id., a 102. El 3 por 100 id. id., a 103. El 3 por 100 id. id., a 104. El 3 por 100 id. id., a 105. El 3 por 100 id. id., a 106. El 3 por 100 id. id., a 107. El 3 por 100 id. id., a 108. El 3 por 100 id. id., a 109. El 3 por 100 id. id., a 110. El 3 por 100 id. id., a 111. El 3 por 100 id. id., a 112. El 3 por 100 id. id., a 113. El 3 por 100 id. id., a 114. El 3 por 100 id. id., a 115. El 3 por 100 id. id., a 116. El 3 por 100 id. id., a 117. El 3 por 100 id. id., a 118. El 3 por 100 id. id., a 119. El 3 por 100 id. id., a 120. El 3 por 100 id. id., a 121. El 3 por 100 id. id., a 122. El 3 por 100 id. id., a 123. El 3 por 100 id. id., a 124. El 3 por 100 id. id., a 125. El 3 por 100 id. id., a 126. El 3 por 100 id. id., a 127. El 3 por 100 id. id., a 128. El 3 por 100 id. id., a 129. El 3 por 100 id. id., a 130. El 3 por 100 id. id., a 131. El 3 por 100 id. id., a 132. El 3 por 100 id. id., a 133. El 3 por 100 id. id., a 134. El 3 por 100 id. id., a 135. El 3 por 100 id. id., a 136. El 3 por 100 id. id., a 137. El 3 por 100 id. id., a 138. El 3 por 100 id. id., a 139. El 3 por 100 id. id., a 140. El 3 por 100 id. id., a 141. El 3 por 100 id. id., a 142. El 3 por 100 id. id., a 143. El 3 por 100 id. id., a 144. El 3 por 100 id. id., a 145. El 3 por 100 id. id., a 146. El 3 por 100 id. id., a 147. El 3 por 100 id. id., a 148. El 3 por 100 id. id., a 149. El 3 por 100 id. id., a 150. El 3 por 100 id. id., a 151. El 3 por 100 id. id., a 152. El 3 por 100 id. id., a 153. El 3 por 100 id. id., a 154. El 3 por 100 id. id., a 155. El 3 por 100 id. id., a 156. El 3 por 100 id. id., a 157. El 3 por 100 id. id., a 158. El 3 por 100 id. id., a 159. El 3 por 100 id. id., a 160. El 3 por 100 id. id., a 161. El 3 por 100 id. id., a 162. El 3 por 100 id. id., a 163. El 3 por 100 id. id., a 164. El 3 por 100 id. id., a 165. El 3 por 100 id. id., a 166. El 3 por 100 id. id., a 167. El 3 por 100 id. id., a 168. El 3 por 100 id. id., a 169. El 3 por 100 id. id., a 170. El 3 por 100 id. id., a 171. El 3 por 100 id. id., a 172. El 3 por 100 id. id., a 173. El 3 por 100 id. id., a 174. El 3 por 100 id. id., a 175. El 3 por 100 id. id., a 176. El 3 por 100 id. id., a 177. El 3 por 100 id. id., a 178. El 3 por 100 id. id., a 179. El 3 por 100 id. id., a 180. El 3 por 100 id. id., a 181. El 3 por 100 id. id., a 182. El 3 por 100 id. id., a 183. El 3 por 100 id. id., a 184. El 3 por 100 id. id., a 185. El 3 por 100 id. id., a 186. El 3 por 100 id. id., a 187. El 3 por 100 id. id., a 188. El 3 por 100 id. id., a 189. El 3 por 100 id. id., a 190. El 3 por 100 id. id., a 191. El 3 por 100 id. id., a 192. El 3 por 100 id. id., a 193. El 3 por 100 id. id., a 194. El 3 por 100 id. id., a 195. El 3 por 100 id. id., a 196. El 3 por 100 id. id., a 197. El 3 por 100 id. id., a 198. El 3 por 100 id. id., a 199. El 3 por 100 id. id., a 200. El 3 por 100 id. id., a 201. El 3 por 100 id. id., a 202. El 3 por 100 id. id., a 203. El 3 por 100 id. id., a 204. El 3 por 100 id. id., a 205. El 3 por 100 id. id., a 206. El 3 por 100 id. id., a 207. El 3 por 100 id. id., a 208. El 3 por 100 id. id., a 209. El 3 por 100 id. id., a 210. El 3 por 100 id. id., a 211. El 3 por 100 id. id., a 212. El 3 por 100 id. id., a 213. El 3 por 100 id. id., a 214. El 3 por 100 id. id., a 215. El 3 por 100 id. id., a 216. El 3 por 100 id. id., a 217. El 3 por 100 id. id., a 218. El 3 por 100 id. id., a 219. El 3 por 100 id. id., a 220. El 3 por 100 id. id., a 221. El 3 por 100 id. id., a 222. El 3 por 100 id. id., a 223. El 3 por 100 id. id., a 224. El 3 por 100 id. id., a 225. El 3 por 100 id. id., a 226. El 3 por 100 id. id., a 227. El 3 por 100 id. id., a 228. El 3 por 100 id. id., a 229. El 3 por 100 id. id., a 230. El 3 por 100 id. id., a 231. El 3 por 100 id. id., a 232. El 3 por 100 id. id., a 233. El 3 por 100 id. id., a 234. El 3 por 100 id. id., a 235. El 3 por 100 id. id., a 236. El 3 por 100 id. id., a 237. El 3 por 100 id. id., a 238. El 3 por 100 id. id., a 239. El 3 por 100 id. id., a 240. El 3 por 100 id. id., a 241. El 3 por 100 id. id., a 242. El 3 por 100 id. id., a 243. El 3 por 100 id. id., a 244. El 3 por 100 id. id., a 245. El 3 por 100 id. id., a 246. El 3 por 100 id. id., a 247. El 3 por 100 id. id., a 248. El 3 por 100 id. id., a 249. El 3 por 100 id. id., a 250. El 3 por 100 id. id., a 251. El 3 por 100 id. id., a 252. El 3 por 100 id. id., a 253. El 3 por 100 id. id., a 254. El 3 por 100 id. id., a 255. El 3 por 100 id. id., a 256. El 3 por 100 id. id., a 257. El 3 por 100 id. id., a 258. El 3 por 100 id. id., a 259. El 3 por 100 id. id., a 260. El 3 por 100 id. id., a 261. El 3 por 100 id. id., a 262. El 3 por 100 id. id., a 263. El 3 por 100 id. id., a 264. El 3 por 100 id. id., a 265. El 3 por 100 id. id., a 266. El 3 por 100 id. id., a 267. El 3 por 100 id. id., a 268. El 3 por 100 id. id., a 269. El 3 por 100 id. id., a 270. El 3 por 100 id. id., a 271. El 3 por 100 id. id., a 272. El 3 por 100 id. id., a 273. El 3 por 100 id. id., a 274. El 3 por 100 id. id., a 275. El 3 por 100 id. id., a 276. El 3 por 100 id. id., a 277. El 3 por 100 id. id., a 278. El 3 por 100 id. id., a 279. El 3 por 100 id. id., a 280. El 3 por 100 id. id., a 281. El 3 por 100 id. id., a 282. El 3 por 100 id. id., a 283. El 3 por 100 id. id., a 284. El 3 por 100 id. id., a 285. El 3 por 100 id. id., a 286. El 3 por 100 id. id., a 287. El 3 por 100 id. id., a 288. El 3 por 100 id. id., a 289. El 3 por 100 id. id., a 290. El 3 por 100 id. id., a 291. El 3 por 100 id. id., a 292. El 3 por 100 id. id., a 293. El 3 por 100 id. id., a 294. El 3 por 100 id. id., a 295. El 3 por 100 id. id., a 296. El 3 por 100 id. id., a 297. El 3 por 100 id. id., a 298. El 3 por 100 id. id., a 299. El 3 por 100 id. id., a 300. El 3 por 100 id. id., a 301. El 3 por 100 id. id., a 302. El 3 por 100 id. id., a 303. El 3 por 100 id. id., a 304. El 3 por 100 id. id., a 305. El 3 por 100 id. id., a 306. El 3 por 100 id. id., a 307. El 3 por 100 id. id., a 308. El 3 por 100 id. id., a 309. El 3 por 100 id. id., a 310. El 3 por 100 id. id., a 311. El 3 por 100 id. id., a 312. El 3 por 100 id. id., a 313. El 3 por 100 id. id., a 314. El 3 por 100 id. id., a 315. El 3 por 100 id. id., a 316. El 3 por 100 id. id., a 317. El 3 por 100 id. id., a 318. El 3 por 100 id. id., a 319. El 3 por 100 id. id., a 320. El 3 por 100 id. id., a 321. El 3 por 100 id. id., a 322. El 3 por 100 id. id., a 323. El 3 por 100 id. id., a 324. El 3 por 100 id. id., a 325. El 3 por 100 id. id., a 326. El 3 por 100 id. id., a 327. El 3 por 100 id. id., a 328. El 3 por 100 id. id., a 329. El 3 por 100 id. id., a 330. El 3 por 100 id. id., a 331. El 3 por 100 id. id., a 332. El 3 por 100 id. id., a 333. El 3 por 100 id. id., a 334. El 3 por 100 id. id., a 335. El 3 por 100 id. id., a 336. El 3 por 100 id. id., a 337. El 3 por 100 id. id., a 338. El 3 por 100 id. id., a 339. El 3 por 100 id. id., a 340. El 3 por 100 id. id., a 341. El 3 por 100 id. id., a 342. El 3 por 100 id. id., a 343. El 3 por 100 id. id., a 344. El 3 por 100 id. id., a 345. El 3 por 100 id. id., a 346. El 3 por 100 id. id., a 347. El 3 por 100 id. id., a 348. El 3 por 100 id. id., a 349. El 3 por 100 id. id., a 350. El 3 por 100 id. id., a 351. El 3 por 100 id. id., a 352. El 3 por 100 id. id., a 353. El 3 por 100 id. id., a 354. El 3 por 100 id. id., a 355. El 3 por 100 id. id., a 356. El 3 por 100 id. id., a 357. El 3 por 100 id. id., a 358. El 3 por 100 id. id., a 359. El 3 por 100 id. id., a 360. El 3 por 100 id. id., a 361. El 3 por 100 id. id., a 362. El 3 por 100 id. id., a 363. El 3 por 100 id. id., a 364. El 3 por 100 id. id., a 365. El 3 por 100 id. id., a 366. El 3 por 100 id. id., a 367. El 3 por 100 id. id., a 368. El 3 por 100 id. id., a 369. El 3 por 100 id. id., a 370. El 3 por 100 id. id., a 371. El 3 por 100 id. id., a 372. El 3 por 100 id. id., a 373. El 3 por 100 id. id., a 374. El 3 por 100 id. id., a 375. El 3 por 100 id. id., a 376. El 3 por 100 id. id., a 377. El 3 por 100 id. id., a 378. El 3 por 100 id. id., a 379. El 3 por 100 id. id., a 380. El 3 por 100 id. id., a 381. El 3 por 100 id. id., a 382. El 3 por 100 id. id., a 383. El 3 por 100 id. id., a 384. El 3 por 100 id. id., a 385. El 3 por 100 id. id., a 386. El 3 por 100 id. id., a 387. El 3 por 100 id. id., a 388. El 3 por 100 id. id., a 389. El 3 por 100 id. id., a 390. El 3 por 100 id. id., a 391. El 3 por 100 id. id., a 392. El 3 por 100 id. id., a 393. El 3 por 100 id. id., a 394. El 3 por 100 id. id., a 395. El 3 por 100 id. id., a 396. El 3 por 100 id. id., a 397. El 3 por 100 id. id., a 398. El 3 por 100 id. id., a 399. El 3 por 100 id. id., a 400. El 3 por 100 id. id., a 401. El 3 por 100 id. id., a 402. El 3 por 100 id. id., a 403. El 3 por 100 id. id., a 404. El 3 por 100 id. id., a 405. El 3 por 100 id. id., a 406. El 3 por 100 id. id., a 407. El 3 por 100 id. id., a 408. El 3 por 100 id. id., a 409. El 3 por 100 id. id., a 410. El 3 por 100 id. id., a 411. El 3 por 100 id. id., a 412. El 3 por 100 id. id., a 413. El 3 por 100 id. id., a 414. El 3 por 100 id. id., a 415. El 3 por 100 id. id., a 416. El 3 por 100 id. id., a 417. El 3 por 100 id. id., a 418. El 3 por 100 id. id., a 419. El 3 por 100 id. id., a 420. El 3 por 100 id. id., a 421. El 3 por 100 id. id., a 422. El 3 por 100 id. id., a 423. El 3 por 100 id. id., a 424. El 3 por 100 id. id., a 425. El 3 por 100 id. id., a 426. El 3 por 100 id. id., a 427. El 3 por 100 id. id., a 428. El 3 por 100 id. id., a 429. El 3 por 100 id. id., a 430. El 3 por 100 id. id., a 431. El 3 por 100 id. id., a 432. El 3 por 100 id. id., a 433. El 3 por 100 id. id., a 434. El 3 por 100 id. id., a 435. El 3 por 100 id. id., a 436. El 3 por 100 id. id., a 437. El 3 por 100 id. id., a 438. El 3 por 100 id. id., a 439. El 3 por 100 id. id., a 440. El 3 por 100 id. id., a 441. El 3 por 100 id. id., a 442. El 3 por 100 id. id., a 443. El 3 por 100 id. id., a 444. El 3 por 100 id. id., a 445. El 3 por 100 id. id., a 446. El 3 por 100 id. id., a 447. El 3 por 100 id. id., a 448. El 3 por 100 id. id., a 449. El 3 por 100 id. id., a 450. El 3 por 100 id. id., a 451. El 3 por 100 id. id., a 452. El 3 por 100 id. id., a 453. El 3 por 100 id. id., a 454. El 3 por 100 id. id., a 455. El 3 por 100 id. id., a 456. El 3 por 100 id. id., a 457. El 3 por 100 id. id., a 458. El 3 por 100 id. id., a 459. El 3 por 100 id. id., a 460. El 3 por 100 id. id., a 461. El 3 por 100 id. id., a 462. El 3 por 100 id. id., a 463. El 3 por 100 id. id., a 464. El 3 por 100 id. id., a 465. El 3 por 100 id. id., a 466. El 3 por 100 id. id., a 467. El 3 por 100 id. id., a 468. El 3 por 100 id. id., a 469. El 3 por 100 id. id., a 470. El 3 por 100 id. id., a 471. El 3 por 100 id. id., a 472. El 3 por 100 id. id., a 473. El 3 por 100 id. id., a 474. El 3 por 100 id. id., a 475. El 3 por 100 id. id., a 476. El 3 por 100 id. id., a 477. El 3 por 100 id. id., a 478. El 3 por 100 id. id., a 479. El 3 por 100 id. id., a 480. El 3 por 100 id. id., a 481. El 3 por 100 id. id., a 482. El 3 por 100 id. id., a 483. El 3 por 100 id. id., a 484. El 3 por 100 id. id., a 485. El 3 por 100 id. id., a 486. El 3 por 100 id. id., a 487. El 3 por 100 id. id., a 488. El 3 por 100 id. id., a 489. El 3 por 100 id. id., a 490. El 3 por 100 id. id., a 491. El 3 por 100 id. id., a 492. El 3 por 100 id. id., a 493. El 3 por 100 id. id., a 494. El 3 por 100 id. id., a 495. El 3 por 100 id. id., a 496. El 3 por 100 id. id., a 497. El 3 por 100 id. id., a 498. El 3 por 100 id. id., a 499. El 3 por 100 id. id., a 500. El 3 por 100 id. id., a 501. El 3 por 100 id. id., a 502. El 3 por 100 id. id., a 503. El 3 por 100 id. id., a 504. El 3 por 100 id. id., a 505. El 3 por 100 id. id., a 506. El 3 por 100 id. id., a 507. El 3 por 100 id. id., a 508. El 3 por 100 id. id., a 509. El 3 por 100 id. id., a 510. El 3 por 100 id. id., a 511. El 3 por 100 id. id., a 512. El 3 por 100 id. id., a 513. El 3 por 100 id. id., a 514. El 3 por 100 id. id., a 515. El 3 por 100 id. id., a 516. El 3 por 100 id. id., a 517. El 3 por 100 id. id., a 518. El 3 por 100 id. id., a 519. El 3 por 100 id. id., a 520. El 3 por 100 id. id., a 521. El 3 por 100 id. id., a 522. El 3 por 100 id. id., a 523. El 3 por 100 id. id., a 524. El 3 por 100 id. id., a 525. El 3 por 100 id. id., a 526. El 3 por 100 id. id., a 527. El 3 por 100 id. id., a 528. El 3 por 100 id. id., a 529. El 3 por 100 id. id., a 530. El 3 por 100 id. id., a 531. El 3 por 100 id. id., a 532. El 3 por 100 id. id., a 533. El 3 por 100 id. id., a 534. El 3 por 100 id. id., a 535. El 3 por 100 id. id., a 536. El 3 por 100 id. id., a 537. El 3 por 100 id. id., a 538. El 3 por 100 id. id., a 539. El 3 por 100 id. id., a 540. El 3 por 100 id. id., a 541. El 3 por 100 id. id., a 542. El 3 por 100 id. id., a 543. El 3 por 100 id. id., a 544. El 3 por 100 id. id., a 545. El 3 por 100 id. id., a 546. El 3 por 100 id. id., a 547. El 3 por 100 id. id., a 548. El 3 por 100 id. id., a 549. El 3 por 100 id. id., a 550. El 3 por 100 id. id., a 551. El 3 por 100 id. id., a 552. El 3 por 100 id. id., a 553. El 3 por 100 id. id., a 554. El 3 por 100 id. id., a 555. El 3 por 100 id. id., a 556. El 3 por 100 id. id., a 557. El 3 por 100 id. id., a 558. El 3 por 100 id. id., a 559. El 3 por 100 id. id., a 560. El 3 por 100 id. id., a 561. El 3 por 100 id. id., a 562. El 3 por 100 id. id., a 563. El 3 por 100 id. id., a 564. El 3 por 100 id. id., a 565. El 3 por 100 id. id., a 566. El 3 por 100 id. id., a 567. El 3 por 100 id. id., a 568. El 3 por 100 id. id., a 569. El 3 por 100 id. id., a 570. El 3 por 100 id. id., a 571. El 3 por 100 id. id., a 572. El 3 por 100 id. id., a 573. El 3 por 100 id. id., a 574. El 3 por 100 id. id., a 575. El 3 por 100 id. id., a 576. El 3 por 100 id. id., a 577. El 3 por 100 id. id., a 578. El 3 por 100 id. id., a 579. El 3 por 100 id. id., a 580. El 3 por 100 id. id., a 581. El 3 por 100 id. id., a 582. El 3 por 100 id. id., a 583. El 3 por 100 id. id., a 584. El 3 por 100 id. id., a 585. El 3 por 100 id. id., a 586. El 3 por 100 id. id., a 587. El 3 por 100 id. id., a 588. El 3 por 100 id. id., a 589. El 3 por 100 id. id., a 590. El 3 por 100 id. id., a 591. El 3 por 100 id. id., a 592. El 3 por 100 id. id., a 593. El 3 por 100 id. id., a 594. El 3 por 100 id. id., a 595. El 3 por 100 id. id., a 596. El 3 por 100 id. id., a 597. El 3 por 100 id. id., a 598. El 3 por 100 id. id., a 599. El 3 por 100 id. id., a 600. El 3 por 100 id. id., a 601. El 3 por 100 id. id., a 602. El 3 por 100 id. id., a 603. El 3 por 100 id. id., a 604. El 3 por 100 id. id., a 605. El 3 por 100 id. id., a 606. El 3 por 100 id. id., a 607. El 3 por 100 id. id., a 608. El 3 por 100 id. id., a 609. El 3 por 100 id. id., a 610. El 3 por 100 id. id., a 611. El 3 por 100 id. id., a 612. El 3 por 100 id. id., a 613. El 3 por 100 id. id., a 614. El 3 por 100 id. id., a 615. El 3 por 100 id. id., a 616. El 3 por 100 id. id., a 617. El 3 por 100 id. id., a 618. El 3 por 100 id. id., a 619. El 3 por 100 id. id., a 620. El 3 por 100 id. id., a 621. El 3 por 100 id. id., a 622. El 3 por 100 id. id., a 623. El 3 por 100 id. id., a 624. El 3 por 100 id. id., a 625. El 3 por 100 id. id., a 626. El 3 por 100 id. id., a 627. El 3 por 100 id. id., a 628. El 3 por 100 id. id., a 629. El 3 por 100 id. id., a 630. El 3 por 100 id. id., a 631. El 3 por 100 id. id., a 632. El 3 por 100 id. id., a 633. El 3 por 100 id. id., a 634. El 3 por 100 id. id., a 635. El 3 por 100 id. id., a 636. El 3 por 100 id. id., a 637. El 3 por 100 id. id., a 638. El 3 por 100 id. id., a 639. El 3 por 100 id. id